Conspirar por no reinar

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 2.° — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 4 á 6)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

CONSPIRAR POR NO REINAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON ISIDORO GIL.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Julio de 1843.

PERSONAS.

JACOBO I., *rey de Inglaterra y Escocia.*
LADY ARABELA, *hija de Carlos Darnley, prima hermana del rey Jacobo.*
SIR ROBERTO CECIL, *ministro.*
WILLIAM SEIMOUR, *page.*
LORD DUDLEY, *caballerizo mayor de la princesa Arabela.*
LORD MUNGO, *maestresala de la princesa.*
GIB, *antiguo criado del rey Jacobo.*
MISS FLEMING, *aya de la princesa.*
ESTEFANO, *herrero de Gretnagreen.* (Escocés.)
UN OFICIAL.
CORTESANOS, CRIADOS, &c.

La escena es en Londres en el palacio de White-Hall.

(1605.)

Acto primero.

El teatro representa una sala de la habitacion de lady Arabela. Al foro tres puertas grandes, de las cuales la del centro es la mayor. Puerta á la derecha que conduce al cuarto de la princesa. A la izquierda, la entrada de un pasadizo secreto que corresponde con el gabinete del rey. Chimenea, mesa con todo lo preciso para escribir, y una Biblia. Gran sillon de respeto al lado de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

GIB. ESTEFAÑO. DOS CRIADOS.

Gib. (*Señalando la mesa á los criados.*) Colocad las cajas sobre esa mesa... eso es. (*Señalando á la izquierda*). Bien... dejadnos. (*Vanse.*)

Estef. Por fin estamos solos, amigo Gib. ¡Cuánto os agradezco que me hayais facilitado la entrada del palacio de White-Hall! Merced á este trage podré ver al rey, y buscar una ocasion de poner en sus manos esta credencial...

Gib. Para eso has venido espresamente de Gretnagreen, en las fronteras de Escocia; y pues por ello has abandonado tu herreria, es preciso gobernarnos de modo que no hayas hecho tan largo viaje inútilmente. De algo te ha de valer el ser paisano mio... escocés como yo.

Estef. Y como el rey, maese Gib, porque nosotros somos los que hemos dado tan buen monarca á la Inglaterra... y ahora que hablamos de eso, debo deciros que en nuestro pais tienen sus miedos de que se haya echado á perder por acá.

Gib. ¿Quién? ¡el rey! yo, que le sirvo desde su niñez, puedo asegurarte que el hijo de María Estuarda, Jacobo I de Inglaterra, es siempre nuestro Jacobo VI de Escocia, aficionado como el que mas á hacer ostentacion de su talento y astucia; pero empleando siempre ese talento y esa astucia en hacer bien, y entregándose á las diversiones mas pueriles en los ratos que le dejan libre sus ministros.

Estef. ¿Y sigue siendo tan poco orgulloso como en Escocia?

Gib. ¿Orgulloso? Al contrario, los etiquéteros cortesanos del anterior reinado, le acusan de falta de dignidad y murmuran; pero el rey se venga de ellos dándose á querer de sus vasallos por su afabilidad y llaneza.

Estef. ¡Eso es... siempre el mismo! ¡Dios nos le conserve muchos años! Me alegro que me des esos informes, porque lo que me habian contado de él me habia hecho recelar...

Gib. ¿Qué es lo que te han contado?

Estef. Cierta sentencia de muerte... sin formacion de causa...

Gib. ¿Un ladron cogido infraganti, á quien mandó ahorcar en el acto? ¡Oh! es que, aunque en el fondo es bueno y magnánimo, sabe tambien mostrarse inexorable y severo cuando llega la ocasion, pero no por eso dudes de su bondad. ¡Voy á darte una prueba de su corazon generoso! ¿Has oido hablar alguna vez de la princesa Arabela?

Estef. ¿La hija de Carlos Estuardo, presa en la Torre por la difunta reina Isabel?

Gib. La misma... el rey Jacobo la ha puesto en libertad, sin embargo de que sabe que los descontentos fundan en ella sus esperanzas, por los derechos que la asisten al trono. Pero nuestro soberano solo ha visto en ella una pobre muchacha encarcelada en la flor de su vida, y la ha sacado de la Torre juntamente con un jóven, hijo de un reo del último reinado, y compañero de infortunio de la princesa, cuyo nombre es William Seimour... Ambos viven en palacio, y S. M. los trata como hijos. Juntos desde la niñez los dos desgraciados, se quieren con igual delirio que si fueran hermanos.

Estef. Pero no lo son... y al fin y al cabo si estan siempre juntos...

Gib. ¿Sospechas que acaben por amarse? Amigo, tú no

sueñas mas que con casamientos desde que por privilegio hereditario, y segun las leyes de nuestra amada Escocia, tienes poder para unir á los amantes que traspasen la frontera...

Estef. ¡Chist! ¡habla bajo...! A propósito de casamientos, ¿y tu novia, la venerable miss Fleming, aya de la princesa?

Gib. Mas venerable y mas sorda que nunca; pèro ya no es novia mia... Hará la friolera de treinta años que debió haberse efectuado esa boda; pero en el dia...

Estef. ¿Y miss Fleming no se queja de tu abandono?

Gib. ¡Si hiciera eso solo...! me persigue de muerte con un maldito contrato maudado estender, y firmado por ella de antemano, con la esperanza sin duda de que algun dia me canse y le firme...

Estef. Es decir, maese Gib, que no estais en ánimos de valeros de mi ministerio, y hacer una buena boda...

Gib. No por cierto...

Estef. ¡Miren el perõ que la pone...! ¡que es sorda...! cierto que mas valdría que fuera muda... ¡una muger muda es la perfeccion de la especie!

Gib. (*Sacando su reloj.*) Las once... el rey no puede tardar... ¡Ah! hazme el favor de volver al salon donde estábamos hace poco, y tráeme una caja de carton que verás encima de la chimenea...

Estef. (*Vacilando y con recelo.*) ¿En la sala esa que está á la izquierda de la galería...? ¿allá á lo último?

Gib. Sí, en esa misma... ¿Qué es eso? parece que tienes miedo...

Estef. En Escocia, ó en medio de la calle, no temo á nadie... pero aqui...

Gib. ¿Qué te asusta?

Estef. Hay ciertas familias en la corte que no me profesan grande aficion.

Gib. ¿Por qué?

Estef. Por razon de mi oficio de casamentero.

Gib. ¿La familia de Mamby tal vez?

Estef. ¡Oh! lo que es con esos corro bien; en setiembre casé al hijo contra la voluntad de su padre; y en octubre casé al padre, que se burlaba de la boda del hijo.

Gib. Vamos, anda, anda á lo que te he dicho.

ESCENA II.

GIB, *dirigiéndose á la mesa.*

Pongamos en orden los papeles del rey que he sacado aqui... ¿Qué es esto...? ¡Ah...! su comentario sobre el Apocalipsis... (*Recorre los papeles.*) ¿Y este...? "Receta contra las mordeduras de los perros rabiosos..." ¡Ah! — Este ya es mas alegre: es el rondó de S. A. sobre el último voto de las cámaras, negándole subsidios. — ¡Qué alma de rey! Canta en vez de enfadarse... Sin duda no esperará mejor resultado del parlamento que debia reunirse mañana, pues he oido hablar de prórogа.

ESCENA III.

GIB. ESTEFANO.

(*Estefano á la izquierda. Gib á la derecha.*)

Estef. (*Volviendo asustado.*) ¡Maese Gib... maese Gib...!
Gib. ¿Qué?
Estef. ¡Ay...! ¡lo he visto!
Gib. ¿Pero qué?
Estef. ¡En el patio... un cadalso... tendido de negro!
Gib. ¡Bueno! ¿y qué tenemos?
Estef. (*Mirándole lleno de asombro.*) ¡Qué tenemos...! ¿Pues os parece poco...? ¡El rey Jacobo, que era tan bueno, mandar levantar un cadalso en el patio de su palacio...! ¡debajo de sus balcones...!
Gib. Y si fuera eso solo... El rey viene espresamente á trabajar hoy aqui, en el cuarto de la princesa Arabela, para tener mas á la mano el cadalso.
Estef. Y... ¿para quién es?
Gib. Para lord Gray y lord Cobham...
Estef. ¿Dos lores de un golpe?
Gib. (*Tomando tabaco.*) ¡Sí, amigo mio, sí, dos lores de un golpe!
Estef. (*Aparte.*) ¡Y toma un polvo al decirlo...! ¡Uf...! me da frio. (*Alto.*) ¿Y no os pasa nada al pensar...?
Gib. Absolutamente nada; al contrario, me da en el corazon que hoy ha de empezar bien el dia... (*Estregándose

las manos.) ¡Me siento tan alegre... tan pizpireto!

Estef. (*Aparte.*) Se siente pizpireto... ¡Cómo cambia un hombre en la corte! ¡Ah! ¡por qué he venido aqui!

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY. ROBERTO. UN UGIER.

Ugier. ¡El rey!

Gib. (*Bajo á Estefano.*) Vete, Vete. (*Estefano se retira á un lado del foro; el rey trae á Gib hasta el centro del teatro; Roberto se encamina á la mesa.*)

Rey. (*Al salir.*) Gib, escucha. (*Le habla al oido.*)

Estef. (*Mirando al rey, aparte.*) ¡Fiarse luego en apariencias! Cualquiera diría por las trazas que es un buen hombre... ¡y manda levantar el cadalso debajo de sus mismos balcones!

Rey. (*A Gib.*) Ya estás enterado... anda. (*Vase Gib con Estefano.*)

ESCENA V.

EL REY. ROBERTO.

(*Roberto se sienta delante de los papeles colocados en la mesa. El rey, algo agitado, se pasea durante el principio de esta escena.*)

Jacobo. Vamos, ¿estareis contento, sir Roberto? ¡esos dos infelices lores se hallan en este momento al pie del cadalso! ¡Vos lo quisisteis!

Roberto. La justicia es la que lo ha querido, señor.

Jacobo. Su partido dirá que son mártires... y yo pasaré por un Calígula... por un Neron... persisten en decir que son inocentes...

Roberto. La confesion de su crimen hubiera sido de la mayor importancia...

Jacobo. Sí por cierto... y me hubiera dado pie para perdonarlos.

Roberto. No tenga V. M. la menor duda, son culpables, han conspirado; querian proclamar los derechos de la princesa Arabela.

Jacobo. (*Encogiéndose de hombros.*) ¿Arabela? una

criatura aturdida, alegre, inocente, que cifra su dicha en perseguir mariposas y coger margaritas en mis jardines... ¡se meteria ahora á conspirar...! Si me dijeseis que habia querido jugar á la gallina ciega con mis ministros... ¡vaya con Dios!

Roberto. Señor, aunque esa niña, como V. M. la llama, lo ignore, tenga V. M. por seguro que si uno de esos dos gefes de los sediciosos hubiese logrado la dicha de llamarla esposa, no hubiese sido mirado desde aquel momento como un vasallo rebelde, sino como el marido de Arabela Estuardo, que reclamaba en nombre de su esposa la corona de Inglaterra.

Jacobo. (*Sentándose en un sillon.*) Vuestras previsiones son demasiado suspicaces, sir Roberto.

Roberto. Leed estos avisos: en el norte se ha reunido un crecido número de católicos fanáticos: en Londres reina una sorda agitacion: cada partido intenta valerse de los derechos de la princesa como de un arma en su favor. Los mismos estrangeros han comprendido el partido que podian sacar de una pretendienta. El duque de Savoya solicita su mano.

Jacobo. ¿De veras? ¡Miren mi caro primo...!

Roberto. El ilustre duque de Parma...

Jacobo. ¿Tambien ese...? ayer era el infante de España; el otro dia el archiduque de Austria: hasta caballeros lisos y llanos han aspirado á su mano, creyendo llegar á ser de ese modo maridos de la reina... que quieren poner en el trono. La pobre muchacha ignora todas estas persecuciones... A fé mia, que no parece sino que por lo mismo que Arabela no debe pensar en casarse nunca, todos se empeñan en que se han de casar con ella... Pero ahora que hablamos de esto, decidme: ¿no habia formado tambien lord Burleigh, vuestro padre, el proyecto de uniros con la princesa?

Roberto. ¡Ah señor... no recordeis ese proyecto!

Jacobo. Sí... ¡y por frustrar el intento de vuestro padre y estorbar que se renovase en lo sucesivo, fue por lo que la reina Isabel condenó á la pobre jóven á un encierro y á un celibato eternos! Pero yo me glorío de haber abierto su prision... (*Se levanta.*) ¡Ah! Sir Roberto, aquel dia fue el mas feliz de mi vida... Fuí á visitar la Torre. Arabela estaba presa en ella con el jóven William

Seimour... Entré solo: en un rincon de uno de los patios descubrí á las dos criaturas. William, sentado en el suelo, recostaba su cabeza sobre las rodillas de Arabela, que se divertía en entreteger clemátides en la cabellera del pagecillo. Cuando me acerqué, me observaron los dos atentamente sin cambiar de postura; miráronse en seguida uno á otro y se sonrieron, aguardando que les hablara. "Yo soy el rey," esclamé, y ambos volvieron á sonreirse clavando los ojos en mí. "Arabela, la dije: ¿quereis salir de aqui?—¿Y William?" fue la primera y única palabra de la tierna jóven... "William tambien...—¡Ay! sí queremos, sí queremos..." Los dos vinieron á mí y se cogieron de mis manos; yo no quise soltarles desde aquel momento, y salimos asi los tres de la Torre de Londres.

Roberto. Desde entonces, señor, quereis á esos dos jóvenes tanto como á Enrique de Galles, vuestro propio hijo.

Jacobo. Verdad es, sir Roberto; los quiero porque son vivos é ingénuos; su candor y alegría tienen para mí un encanto irresistible.

Roberto. Mirad bien lo que haceis, señor; dentro de poco habreis de armaros de valor para noticiar á la princesa...

Jacobo. ¡Hombre inflexible!

Roberto. Con mi deber, señor.

Jacobo. Con todo... la suerte de esa desgraciada jóven apenas os conmueve.

Roberto. (*Con un movimiento mal reprimido.*) ¡A mí!!—¿Creeis, señor, que viéndome obligado por el cargo que obtengo á ir todos los dias á la Torre, podria ser insensible á los atractivos y desventura de esa jóven, privada de la libertad por haberla querido llamar esposa mia?

Jacobo. ¿Luego la amais?

Roberto. Y sin embargo he hecho callar la voz de la pasion ante la del deber.

Jacobo. (*Dándole la mano.*) ¡Es rasgo de virtud digno de vos, sir Roberto!

Roberto. Si he logrado salir triunfante ó no de tan penosa lucha, no es del caso ahora... pero igual rigor que he usado conmigo emplearé con cualquiera otro, que bien sea por amor ó por ambicion, aspire á una mano que no debe pertenecer á ninguno.

Jacobo. Tranquilizaos, sir Roberto; hoy mismo sin mas

tardanza sabrá por mí, Arabela, el triste porvenir que la está reservado. (*Aparte.*) Mucho tarda Gib. (*Paseándose de nuevo.*) — (*Alto.*) Empecemos.

Roberto. (*Volviendo á ocuparse de los papeles.*) Los informes pedidos acerca de lord Dudley, caballerizo de la princesa Arabela, y lord Mungo, su mayordomo mayor.

Jacobo. Bien. — ¿Y qué resulta?

Roberto. Nada que dé á sospechar que estos dos lores tengan parte en las ocultas tramas que se fraguan en el dia.

Jacobo. Ved si os decia bien; los he elegido adrede: lord Dudley es papista é inglés; lord Mungo puritano y escocés; se detestan y se observan recíprocamente.

Roberto. ¿Esos gritos...? Sin duda se ha terminado ya la ejecucion.

Jacobo. (*Aparte.*) Pero no como tú crees.

ESCENA IV.

DICHOS. GIB. WILLIAM.

(*Gib á la izquierda, á su lado William, Jacobo en el centro, y Roberto á la derecha.*)

Gib. (*Saliendo.*) ¿Oís, señor? Gritan: ¡viva el rey Jacobo!

William. (*Saliendo.*) Gritan: ¡viva el Salomon de Inglaterra!

Jacobo. ¿Me llaman Salomon? ¡Pobre gente!

Roberto. El entusiasmo popular probará á V. M. que la medida que acaba de tomar era á la par que justa, necesaria.

Jacobo. ¡Por San Jorge! Os cojo el dicho, sir Roberto... Esa medida justa y necesaria que el pueblo acoge con tanto entusiasmo...

William. ¡Es el perdon de los reos!

Roberto. ¡Dios proteja al trono y á S. M. despues de semejante acto...!

Jacobo. ¿De debilidad ibais á decir, no es esto...? Pero no ignorais que faltaban las pruebas materiales de su crimen...

Roberto. Señor, teniamos la conviccion moral...

Jacobo. ¿Y creeis que ella sea suficiente á los ojos de mis

pueblos? Lo que necesitábamos mas que nada era la confesion de los reos... Lord Gray ha subido al cadalso... la proximidad de la muerte es la mejor consejera de verdad.. al encomendarse á Dios por postrera vez, ha confesado su crimen y la equidad de su sentencia: á este tiempo ha llegado Gib con una orden de mi puño y letra, cuyo objeto parecia ser únicamente cambiar la hora del suplicio. Han retirado á lord Gray, y lord Cobham, creyendo que su cómplice habia ya perecido, ha hecho la misma declaracion. Entonces, á una señal dada, esos dos hombres que se suponian recíprocamente muertos, se han encontrado de repente cara á cara. El Sheriff ha declarado en alta voz que la justicia del rey quedaba satisfecha, y el pueblo se ha convencido de que habiendo podido castigarlos con razon, he preferido perdonarlos. ¿Me parece que la torpeza no ha sido tanta como vos creiais?

William. ¡Ha sido una treta ingeniosa!

Jacobo. (*Tirándole de la oreja.*) ¿No es verdad?

Roberto. (*Despues de una pausa.*) Señor, teneis derecho de perdonar... pero á mí me asiste el de suplicaros que acepteis mi dimision.

Jacobo. Sir Roberto...

Roberto. Vuestra clemencia con esos dos lores, en esta época de trastornos y discordias, producirá otros mil delincuentes, que será preciso inmolar sin piedad. Ruego á V. M. que me permita retirarme de los negocios.

William. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡qué carácter de hierro!

Jacobo. Las circunstancias son harto dificiles, lo sé, sir Roberto... ¿Escogereis tan críticos momentos para abandonarme?

Roberto. Ya no podria seros de ninguna utilidad, señor.

Jacobo. Roberto, vuestro soberano os lo ruega.

Roberto. (*Despues de una pausa.*) Permítame V. M. que le pida una garantía contra la bondad de su corazon... y continuaré á su servicio...

Jacobo. Hablad; si es justo y hacedero...

Roberto. Empéñeme V. M. su real palabra de no decretar, durante un año, ni perdon ni conmutacion de pena en los crímenes de lesa-magestad.

Jacobo. (*Despues de reflexionar un instante.*) Será como lo pedís... os empeño mi palabra... ¿estais contento?

Roberto. (*Besando la mano que el rey le presenta.*) Yo juro por ello consagraros mi vida desde este momento.

William. (*Aparte.*) Arabela no viene.

Jacobo. Mirad, Roberto; aunque no he pensado en ello para conceder ese perdon, tal vez mi clemencia sea recompensada mañana... Los comunes estan duros de pelar sobre los subsidios. De nada me sirvió el año pasado echarles en cara su rigor, parafraseándoles aquel texto de la Escritura: "Os he tocado la flauta, y no habeis bailado. Os he cantado lamentaciones, y no habeis llorado..." lo cual podia reasumirse perfectamente en estas palabras: Os he pedido dinero, y no me le habeis dado. Ya sabeis que despues de mil debates me concedió el parlamento en aquella ocasion la miseria de quinientas mil libras esterlinas. Pues bueno; al ver ahora que bien mirado soy un pobre hombre, confio en que John Bull deshará unos cuantos nudos de su bolsillo.

Gib. (*Que sale por el foro.*) Señor, lord Dudley y lord Mungo, que preceden á la princesa, solicitan el honor de entrar á saludar á S. M.

Jacobo. Que entren.

William. (*Aparte.*) ¡Nuestros dos argos!

ESCENA VII.

DICHOS. LORD DUDLEY. LORD MUNGO. *Poco despues* LADY ARABELA. MISS FLEMING.

Jacobo. (*A los dos lores, que salen delante.*) Bien venidos, milores: ¿qué tal vuelve de su paseo á Vindsor lady Arabela, nuestra prima?

Mungo. Tengo la satisfaccion de manifestar á V. M. que jamas ha estado tan divertida su gracia.

Dudley. Creo de mi deber hacer presente á S. M. que su gracia me ha parecido mas triste que de costumbre.

Jacobo. (*Bajo á Roberto.*) ¡Admirable conformidad! ¡Cuando os digo que mi política es escelente!

William. (*Viendo venir á Arabela, y aparte.*) ¡Ah! ya está aqui.

(*Miss Fleming á la izquierda; William al lado de la chimenea en segundo término; lord Dudley y lord*

Mungo á la izquierda del proscenio. Arabela y el rey en medio; Roberto á la derecha.)

Arabela. (*Al salir.*) Buenos dias, querido tio.

Jacobo. (*Bajo.*) Antes de nada, hazme el favor de no llamarme asi... en buen hora que cuando estemos solos me llames tio; pero ya te tengo dicho cien veces que delante de la corte me llames señor.

Arabela. (*Alto.*) Señor, tengo el honor de ofrecer mis respetos á V. M.

Jacobo. (*Bajo.*) Asi me gusta. (*Alto.*) Amada sobrina, dentro de una hora necesito hablaros de un asunto de grave importancia.

Arabela. (*Bajo.*) ¿Será cosa muy larga?

Jacobo. (*Idem.*) No. Dispondremos con William el partido para esta noche... los tres solitos... Me escaparé luego que me crean acostado por la puerta secreta de mi gabinete.

Arabela. (*Bajo.*) Jugaremos á los enigmas.

Jacobo. (*Idem.*) Sí... sí... tengo uno muy bueno... (*Alto.*) Señores, esta noche recibiré á las seis... Antes de pasar á mi cámara, entraré á hablaros, querida prima. (*Lady Arabela se encamina hácia la chimenea al lado de miss Fleming y William.*)

Roberto. (*Presentando al rey una pluma y un pliego.*) Señor, la orden de enviar diez mil hombres al norte, para refrenar á los perturbadores.

Mungo. (*Aparte.*) ¿Qué dice?

Jacobo. (*Firmando.*) Y que se pongan en marcha inmediatamente.

Mungo. (*Aparte.*) No hay que perder tiempo. Es preciso dar hoy el último paso con la princesa.

Roberto. ¿Prorogais por último la apertura del parlamento, señor?

Jacobo. No... no... mañana mismo.

Dudley. (*Aparte.*) ¿Qué oigo?

Jacobo. (*Alto.*) Iré acompañado de mi hermosa prima.

Dudley. (*Aparte.*) No hay un instante que perder. Mañana estalla la conspiracion... es preciso que hoy mismo...

Jacobo. Vamos á dar una vuelta por Londres, sir Roberto; quiero dejarme ver hoy de mi pueblo. Venid, milores. (*Vase el rey seguido de Roberto y los dos lores.*)

ESCENA VIII.

WILLIAM. LADY ARABELA. MISS FLEMING.

(*Fleming á la izquierda. Arabela en medio. William á la derecha.*)

Fleming. (*Mirando á Gib, que coge un cartapacio y se lo lleva.*) ¡Ni me mira siquiera! (*Sando un papel y estrechándole contra su corazon.*) ¡Oh! ¡mi contrato...! ¡mi pobre contrato!

William. ¡Por fin se fueron!

Fleming. (*Con tristeza.*) Vamos, milady, ya es hora de empezar nuestra sagrada lectura.

Arabela. Todavía es pronto, buena miss Fleming.

Fleming. Entiendo: ¿os parece poco la de hoy como no leimos ayer? pues bien, tendremos lectura doble.

Arabela. (*Señalando á Fleming.*) ¡Qué fastidio!

William. Ya sabes que no oye; nos pondremos á hablar.

Arabela. No tenemos un momento de libertad.

Fleming. (*Sentándose al lado de Arabela despues de haber cogido una Biblia.*) Quedamos en el viaje de Jacob.

William. (*Arrodillado sobre un cojin y en voz alta.*) "Jacob prosiguió su camino y llegó al pais de los Orientales. Pasó por un campo donde vió un pozo y tres rebaños... (*Fleming se va quedando dormida poco á poco; William va bajando la voz á medida que la otra duerme.*) que estaban apacentados al lado de..." (*Continuando con los ojos fijos en el libro como si leyese.*) ¡Qué fastidio es pasar asi la vida, Arabela mia!

Arabela. En nuestra prision éramos libres al menos.

William. Alli no te daban el título de alteza; pero no estábamos rodeados de testigos importunos como aqui. (*Movimiento de miss Fleming, que se despierta; William vuelve á leer corriendo.*) "Jacob dijo á los pastores: ¿No conoceis á Laban, nieto de Nachor...?"—Sí, Arabela, sí cuando estábamos presos... éramos felices...

Arabela. ¿No es verdad? Pues mira, he pensado una cosa. Yo soy huérfana, tú eres huérfano tambien; tú me amas, yo te quiero mucho; cuando no estás á mi lado, me fastidio: si tú no me tienes siempre junto á ti, te pones triste: el modo mas sencillo de no separarnos nunca es casarnos. ¿Qué te parece, eh?

William. (*Conmovido.*) ¡Oh! ¡Dios mio...! ¡he pensado en ello tantas veces!

Arabela. ¿Y por qué no me lo has dicho?

Fleming. (*Despertándose de pronto.*) Bien, oigo bien... pero alzad un poco mas la voz.

William. (*De pronto.*) "¿No conoceis á Laban, nieto de Nachor? Y ellos le respondieron: Sí le conocemos.—¿Cómo está? dijo Jacob. Y ellos contestaron: Laban está bueno..."

Arabela. Pues una vez que Laban está bueno... hablemos de nuestro casamiento.

William. Sí; ¿pero cómo haremos para casarnos?

Arabela. ¡Jesus! nada es mas facil... verás.

William. (*A un movimiento de Fleming.*) "¿No conoceis á Laban, nieto de Nachor? Y ellos le respondieron: Sí le conocemos.—¿Cómo está? dijo Jacob..."

Arabela. No salgas de ahí, y escucha... El rey nos quiere como á hijos... iré á verle, y le diré con mucho mimo: Tiito mio, William y yo quisiéramos casarnos; y verás cómo nos casa. Ya lo tienes arreglado.

William. ¿Crees que el rey dará su consentimiento?

Arabela. Sí por cierto; y aun creo que se alegrará de ello, porque mi caballerizo mayor y mi maestresala, que son sus hechuras, y por cierto bien feas hechuras... me hablan siempre con mucho misterio, y á hurtadillas uno de otro, de casamiento, de mis derechos, de la felicidad del pueblo. Yo no he podido entender todavía una palabra de todo lo que me dicen; solo sé que me hablan de un casamiento, del cual pende mi felicidad, y yo saco de ahí que pues se trata de casamiento, no puedo ser mas que del nuestro.

William. Sí, sí, tienes razon... es preciso hablar al rey. (*Movimiento de Fleming.*) "¿No conoceis á Laban, nieto de Nachor?—

Fleming. ¡Calla! ¿volveis á empezar? Ya van dos veces que os oigo decir: ¿no conoceis á Laban?

Un ugier. (*Saliendo.*) La comida de su gracia.

William. ¡Qué lástima! ¡ahora que la lectura se iba haciendo tan interesante!

Fleming. (*Viendo que sacan la mesa.*) Dejadlo en ese versículo, señor page; la etiqueta no permite que esteis presente á la comida de su gracia.

Arabela. (*Bajo á William.*) Con que... queda decidido... ¿eh...? ¿nos casamos?

William. (*Bajo.*) ¡Ah! no me atrevo á creer en tanta dicha.

Arabela. Déjalo á mi cargo... yo hablaré al rey. Hasta despues.

William. (*Bajo.*) Hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LADY ARABELA. MISS FLEMING. LORD DUDLEY *y* LORD MUNGO, *que saldrán al propio tiempo que los que traen la mesa. Empleados de servicio, criados en el foro. A derecha é izquierda del foro, otros criados que van entregado á los lores los diversos objetos del servicio.*

(*Arabela estará á la izquierda, miss Fleming en el centro, los dos lores á la derecha.*)

Dudley. (*Acercándose á Arabela.*) ¿Se dignará su gracia aceptar mi brazo? (*Arabela se coge del brazo de Dudley para atravesar el teatro. Lord Dudley la dice al pasar en voz baja:*) Vuestros derechos estan amenazados... Solo el casamiento de que he hablado á vuestra gracia puede salvar á la Inglaterra.

Arabela. (*Admirada.*) ¡Mi casamiento!

Dudley. (*Bajo.*) ¡Silencio! Lord Mungo observa á vuestra gracia... toda precaucion es poca. (*Miss Fleming á la izquierda, lord Dudley y Arabela en el centro, lord Mungo á la derecha.*)

Arabela. (*Sentándose á la mesa.*) Decididamente este hombre me habla en griego. (*Arabela alarga el vaso, lord Mungo se acerca para servirla de beber.*)

Mungo. (*Colocando un manjar.*) La Escocia cuenta con su gracia; el casamiento que tuve la honra de indicarla dará la libertad á aquel desventurado pais; es preciso derribar á Babilonia...

Arabela. (*Sorprendida.*) ¡Derribar á Babilonia...!

Mungo. (*Bajo.*) ¡Lord Dudley nos observa...! disimule vuestra gracia.

Arabela. (*Aparte.*) ¡Qué lástima que William no esté aqui! ¡Cómo nos habíamos de reir!

Dudley. (*Colocando otro manjar en la mesa, y en voz baja.*) Si su gracia tiene la bondad de otorgarme una audiencia secreta dentro de una hora... es de la mayor urgencia.

Arabela. (*Alargando el vaso, y en voz baja.*) Bien... (*Aparte.*) Al puritano ahora...

Mungo. (*Acercándose, y en voz baja.*) Sería de la mayor importancia que yo pudiese hablar un momento á solas con vuestra gracia.

Arabela. (*Aparte.*) ¡Como el otro! Esto va siendo divertido. (*Alto.*) Consiento.

Dudley. (*Aparte.*) Es tan difícil á su edad resistir á la ambicion de ser reina.

Mungo. (*Aparte.*) La perspectiva de una corona la decidirá.

ESCENA X.

DICHOS. EL REY.

(*Fleming á la izquierda; Dudley y el rey en el centro; Arabela y Mungo á la derecha.*)

Un ugier. ¡El rey!

Jacobo. (*A Arabela.*) Quieta... estás bien asi, hija mia.

Arabela. (*Levantándose.*) He concluido, y prefiero estar al lado vuestro, señor.

Jacobo. Vamos, milores, qué tal ha comido la princesa.

Dudley. Su gracia ha comido con muy buen apetito.

Mungo. Su gracia no ha probado bocado.

Jacobo. (*Aparte.*) ¡Bravísimo! ¡A buen seguro que estos dos se pongan nunca de acuerdo para engañarme! (*Alto.*) Dejadnos, milores. (*Los lores saludan y se van.*) Miss Fleming, volvereis dentro de poco por aqui.

Fleming. Vuestra bondad es infinita, señor... Estoy buena para servir á V. M.

Jacobo. (*Mas alto.*) Me alegro que no tengais novedad; pero lo que os decia es que nos dejáseis solos.

Fleming. Perfectamente, señor, yo no necesito mas que una insinuacion. (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL REY. LADY ARABELA.

Arabela. (*Aparte.*) ¡Qué buena ocasion para hablarle de mi casamiento!

Jacobo. (*Aparte.*) No sé cómo decirla que debe resignarse á no casarse nunca. (*Alto.*) Escucha, hija mia; ya eres una muger hecha y derecha; juiciosa, con talento; ha llegado el tiempo de hablar de cosas formales.

Arabela. Antes de todo, os he de llamar señor ó tio.

Jacobo. ¿Cómo quieres tú?

Arabela. ¿Yo...? tio mio... mi querido tio como otras veces.

Jacobo. Ea, pues, tio.

Arabela. Pues, querido tio, acabais de decirme lo mismo que yo iba á deciros: ya soy una muger hecha y derecha: es tiempo de pensar con juicio...

Jacobo. ¿De veras? Pues mira, mejor que mejor, celebro encontrarte en tan buenas disposiciones... ¡Hum...! ¡hum...! porque has de saber que lo que tengo que decirte es grave... sumamente grave.

Arabela. Y yo tambien.

Jacobo. Grave... será grave para tí tal vez... pero no tanto como lo que yo tengo que participarte.

Arabela. Sí, tio, sí, os lo aseguro.

Jacobo. Yo te digo que no.

Arabela. Y yo os digo que sí.

Jacobo. ¡Ah...! bien... si no me dejas hablar... entonces... tendrás razon.

Arabela. Vamos á ver, hablad vos primero; pero despachaos.

Jacobo. Primeramente, hija mia, es preciso que te instruya de una cosa muy importante... En rigor, en rigor, tú tienes derechos á la corona de Inglaterra.

Arabela. (*Echándose á reir.*) ¡Yo...! ¡ja...! ¡ja...! ¡ja...!

Jacobo. Como lo oyes, y...

Arabela. (*Riendo mas fuerte.*) ¡Yo...! ¡ja...! ¡ja...! Con que es decir que podria tener ministros y cortesanos que me gastarian la mano á puro refregármela con sus bigotes, y en teniendo un scheling tendria mi retrato... ¡ja...! ¡ja...! ¡ja...!

Jacobo. (*Riéndose con ella.*) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Oyes, y cuan-

do tu parlamento se hiciese el sordo si le pedias dinero... le sacarias la lengua... ¡ja! ¡ja! ¡ja...!

Arabela. (*Riéndose.*) ¡Ja...! ¡ja...! ¡Jesus! tio, ¡qué divertido sois!

Jacobo. ¿Qué, no me crees? ¿Quieres que te esplique...?

Arabela. (*Riendo todavía.*) Os creo... os creo...

Jacobo. ¿Vamos; es cosa de que pueda continuar?

Arabela. (*Poniéndose seria.*) Bien está; pero decid, tio, ¿qué le hace que yo tenga derecho á la corona...?

Jacobo. Hace que haya razones de estado... (*Arabela vuelve á reir.*) Yo te esplicaré eso mas tarde, porque me parece que no estás ahora muy dispuesta á ocuparte de política. Pero dime... hum... hum... (*Aparte.*) Entremos de golpe en la cuestion del celibato... es política mas al alcance de una muchacha... y la entenderá en seguida... ¡Quisiera emplear una transicion... ingeniosa!

Arabela. Vamos, tio mio, ya os escucho.

Jacobo. ¡Hum...! ¡hum...! Dime, ¿qué es lo que mas te ha llamado la atencion en la vida de la reina Isabel?

Arabela. Su mal corazon... porque ella fue, segun me han dicho, la que me mandó encerrar en la Torre... como tambien al pobre William.

Jacobo. Sí, sí... verdad es... no era muy buena... yo lo sé mejor que nadie... Pero considerémosla como muger, y no como reina.

Arabela. ¿Y qué, acaso una reina mala, no es una muger mala, tio mio?

Jacobo. (*Aparte.*) Vaya un diablo de pregunta con que me sale ahora... (*Alto.*) Pues bien... no la consideremos ni como reina, ni como muger.

Arabela. ¿Ni como reina... ni como muger...? ¿Y qué es lo que queda entonces?

Jacobo. (*Aparte.*) Pues señor, esto va siendo mas dificil de lo que yo creía. (*Alto.*) Considerémosla bajo el punto de vista del celibato.

Arabela. ¿Cómo?

Jacobo. Sí, porque en fin, no hay que hacernos ilusion, has de reparar que el celibato ha sido y será siempre el mejor título de su gloria. (*Aparte.*) A ver si quiere Dios que adivine adonde voy á parar.

Arabela. ¿El mejor título de su gloria?

Jacobo. Lee nuestros historiadores... Escucha á nuestro gran

Shakespeare... no le oirás mas que la reina celibe, la escelsa celibe, y vuelta con la victoriosa celibe, la invencible celibe... siempre la célibe.

Arabela. Pero, tio, á mí me parece que hubiera podido ser reina victoriosa, escelsa, invencible... sin ser celibe.

Jacobo. (*Aparte.*) Es particular cómo ella resuelve las tales cuestiones de buenas á primeras. (*Alto.*) Pues señor, no.

Arabela. ¿Cómo no?

Jacobo. Digo que no... y no... y cien veces no... ¿Crees que si esa magnánima reina hubiese sido casada... se hubiese visto acosada, porque asi debe decirse, acosada, por las obligaciones enfadosas del matrimonio... hubiese tenido tiempo, no solo de hacer las grandes cosas que hizo, sino de entregarse á los gratos solaces de las bellas letras, de traducir en latin dos tragedias de Sofocles?

Arabela. Pero...

Jacobo. ¿Tres arengas de Demóstenes?

Arabela. Pero, tio...

Jacobo. ¿De componer epígramas en griego?

Arabela. No digo que no; pero, tio...

Jacobo. De ilustrar los pasages mas oscuros del Lycofronte, de comentar á Pausanias, de...

Arabela. (*Dando con el pié en el suelo.*) ¿Pero quereis escucharme...? Yo no quiero traducir ni á Demóstenes, ni á Pausanias, ni á ninguno de esos revesados autores bárbaros... En verdad, en verdad que no sé lo que teneis hoy... Me decís que vamos á hablar en razon, y os venís con esas locuras...

Jacobo. (*Aparte.*) Está visto que no me da el naipe para las circunlocuciones... Doy al traste con las precauciones oratorias. (*Alto.*) Todo esto, hija mia, era un medio indirecto de hacerte ver que en el mundo no hay estado mas halagüeño, mas saludable, mas independiente que el del celibato... en atencion á que tú debes quedarte soltera toda la vida.

Arabela. ¡Yo...! ¡soltera toda la vida!

Jacobo. Sí... toda la vida. Tú no puedes casarte... es imposible, absolutamente imposible... la razon de estado se opone á ello.

Arabela. ¡La razon de estado...! Habeis de saber, tio mio, que como tuviera buenas ganas de casarme, me reiría muy bien de las razones de estado.

Jacobo. (*Aparte.*) ¡Firmeza! (*Alto.*) Señorita, nadie en el mundo debe burlarse de las razones de estado... ¿entendeis?

Arabela. Me iré de aqui.

Jacobo. No os dejarán.

Arabela. ¡Huiré! ¿prohibirme que me case?

Jacobo. Vamos, vamos, ya estás enfadada.

Arabela. ¡Pero si eso es un despotismo!

Jacobo. (*Siguiendo á Arabela, que se retira hácia su cuarto.*) Hija, la razon de estado... acábate de persuadir.

Arabela. Pues una vez que teneis razones de estado que exigen que yo sea soltera.. ya no sois mi tio.

Jacobo. Pero escucha...

Arabela. ¡Esta noche no vengais á jugar á los enigmas!

Jacobo. Vaya, vaya; cuéntame lo que tenias que decirme.

Arabela. Nada.

Jacobo. ¿Absolutamente nada?

Arabela. Sí... queria deciros que sois un tirano. (*Escápase.*)

Jacobo. Pobre Arabela... ¡cree que es cosa de chanza! ¡ignora cuán serio es este asunto! — Pero temo afligirla, lo confieso... ¡la quiero tanto...! (*Despues de una ligera pausa.*) En fin, pues no hay otro remedio... daré esta comision á sir Roberto... Digan lo que quieran, es una gran cosa tener un ministro responsable.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

WILLIAM. ARABELA.

(*William viene por el foro; Arabela sale de su cuarto.*)

Arabela. Te he visto venir...

William. ¿Qué hay...? ¿has hablado al rey...? ¿consiente?

Arabela. Está á cien leguas de consentir.

William. ¿Pero le has dicho que era conmigo con quien querias casarte?

Arabela. No, porque estaba muy enfadada.

William. Enfadada... ¿con el rey?

Arabela. Si por cierto... Figúrate que justamente al tiempo que iba á suplicarle que nos casara, se me pone á hablar de la reina difunta... á decirme que no hay estado mas placentero que el del celibato, que es el título que mas ha honrado á la reina Isabel; que es mucho mas entretenido traducir á Pausanias que tener marido... en una palabra... que debo quedarme soltera toda la vida.

William. ¡Soltera toda la vida...! ¿y por qué motivo?

Arabela. No lo sé... ni el rey tampoco, á lo que creo, porque se veia muy apurado para responderme, y me ha sacado á relucir la razon de estado. Un mero efugio para desesperarme, y no mas.

William. ¡La razon de estado! ¡Ah! ¡esa es una palabra ter-

rible, Arabela! Esa palabra sirvió de pretesto á la reina Isabel para quitar la vida á mi padre, y encerrarnos á nosotros en la Torre... ¡La razon de estado! ¡ah! ¡ya no me queda mas esperanza que la muerte!

Arabela. Pues me gusta el medio que has buscado de casarnos. Vamos, vamos, no nos desconsolemos ya.

William. Eso es bueno para dicho, pero...

Arabela. ¿Y en la Torre cómo nos gobernábamos? ¿Hubiéramos logrado vernos, á pesar de la prohibicion de nuestros carceleros, si nos hubiésemos dejado abatir? ¿Te acuerdas de lo primero que nos dijo uno de ellos con aquella voz bronca: "Que se quede el muchacho en este calabozo, la niña irá á otro...?" Pues ya sabes que á pesar de eso, y á fuerza de astucia y perserverancia logramos cuanto quisimos; sabiamos todas las vueltas y revueltas de la Torre, y las horas á que podiamos encontrarnos; conociamos el carácter de los carceleros; los que eran buenos, tenian lástima de los dos pobres niños, y nosotros los queriamos en pago; los que eran malos, no nos daban cuidado, porque sabiamos chasquearlos.

William. ¿Te acuerdas? yo pasaba un pie tras otro por el friso de la galería para ir á verte.

Arabela. ¡Y yo tenia un miedo de que te cayeras! ¡Pobre William!

William. Bien mirado, tienes razon, es preciso ingeniarnos como en nuestra niñez para burlar á nuestros enemigos; creiamos que estaba hecha la paz, pero nos hemos engañado, sigue la guerra. ¡Guerra pues! ¿Qué es lo que nos hace falta? ¿Astucia y decision? la tenemos; ¿amor? opongámosles el de los dos para tener de sobra... Vamos á ver... calculemos... ¿á quién tenemos contra nosotros?

Arabela. Al rey... á todo el mundo.

William. ¿Nada menos que eso?

Arabela. Nada menos.

William. Mejor; asi sabemos á qué atenernos. ¿Y en favor nuestro á quién tenemos?

Arabela. Tenemos... á tí.

William. Y á ti. ¿Es decir que tenemos que gobernarnos los dos solos para casarnos...? Vamos examinando las probabilidades: Fleming es sorda.

Arabela. Eso ya es algo.

William. Lord Mungo y lord Dudley, estan siempre â tu lado.

Arabela. Aguarda... tú me haces pensar... sí... sí... tal vez debamos á eso nuestra salvacion.

William. No entiendo cómo puede ser... pero no importa, vé diciendo.

Arabela. Durante la comida han vuelto á decirme en voz baja palabras misteriosas que no he entendido... insisten en que tengo derechos.

William. ¿Derechos? ¿á qué?

Arabela. Me han dicho tambien que mi felicidad está cifrada en un casamiento; y que si accedia á verme con ellos un momento á solas, se esplicarian mas claro. Deben aguardarme dentro de poco en esa galería.

William. Si te han hablado de casamiento, es señal de que cuentan con algun medio para casarte... escúchalos... puede que eso nos sirva.

Arabela. Yo te contaré lo que me digan.

William. Eso es. — Veamos ahora... ¿qué es lo que se necesita para casarse? Un ministro, testigos... ¡Ah! un contrato.

Arabela. ¿Sabes tú cómo se hace un contrato?

William. ¿Yo? no; copiaremos uno.

Arabela. Sí, pero para copiarle... es preciso tenerle...

William. El de Fleming, que nos le ha enseñado lo menos cien veces.

Arabela. Yo se le pediré para leerle... la daré una alegría con eso.

Un ujier. Sir Roberto Cecil desea tener el honor de hablar á vuestra gracia, de parte del rey.

Arabela. Que entre...

William. Volveré luego á saber lo que te ha dicho. ¡Ah! Vé antes á hablar con lord Dudley y lord Mungo... despacha... Yo diré á sir Roberto de tu parte que aguarde un momento.

Arabela. Vuelvo. (*Vase.*)

William. No sé por qué la presencia de sir Roberto me hace temer siempre por Arabela... Ya está aqui... hoy trae el aspecto mas sombrío que nunca.

Roberto. ¿La princesa?

William. Su gracia os ruega que aguardeis un momento; al punto sale. (*Saluda y vase.*)

ESCENA II.

ROBERTO.

Vamos... ¡valor...! la comision que traigo es penosa...: ¡venir á entristecer, á quitar hasta el último rayo de esperanza á esa infeliz jóven que vivia hasta ahora pacífica y feliz...! ¡Y que esto me esté reservado á mí! ¡á mí...! ¡Oh! ¡qué aciago es el destino de algunos hombres! — Pero es indispensable no retardarlo por mas tiempo... su corazon podria dejar de ser libre, y este golpe la sería entonces mas doloroso. — (*Pausa.*) Miedo tengo á veces de leer en el fondo de mi pensamiento... sí... en vano quiero desechar de mí tan odiosa idea... paréceme que siento una especie de triste consuelo, al pensar que esa jóven no ha de pertenecer á nadie... Hácia aqui viene la princesa... ¡pobre jóven! ignora la sentencia que la amenaza.

ESCENA III.

ROBERTO. LADY ARABELA.

Roberto. El rey me envía con una desagradable comision cerca de V. A.

Arabela. Esplicaos, sir Roberto. (*Se sienta.*) Estoy pronta á escucharos.

Roberto. El rey os quiere cual si fueseis hija suya; ya conoceis su bondad... Esta mañana debió haber intimado á V. A. una grave determinacion... pero llegado el momento, vaciló y se valió de rodeos... temiendo deciros toda la verdad.

Arabela. En efecto, el rey me manifestó que no debia casarme nunca, sin dignarse decirme los motivos de esa prohibicion.

Roberto. Son harto graves, milady; podeis figuraros que el rey no os condenaria por capricho ó antojo á un celibato eterno: por mi parte, os ruego que creais tambien que al hablaros tal cual voy á hacerlo, obedezco á un íntimo sentimiento de mis deberes hácia el rey y hácia mi patria.

Arabela. Dicen que sois inflexible, sir Roberto; pero yo no tengo razon para suponeros enemigo mio.

Roberto. ¡Enemigo vuestro...! ¡yo...! ¡gran Dios! — (*Repri-miéndose.*) No, no lo soy; escuchadme sin prevencion: voy á hacer oir á V. A. un lenguaje harto severo; voy á llamar vuestra atencion hácia muy tristes sucesos... pero no tardareis en comprender la causa.

Arabela. Me haceis estremecer, sir Roberto.

Roberto. Os he visto asistir á las lecturas que tienen lugar en la cámara del rey por nuestro gran poeta... Shakespeare os ha dado á conocer sus terribles tragedias de York y de Lancaster, esos dramas escritos con una horrorosa verdad, en que los hermanos dan muerte á sus propios hermanos, en que el lecho de los huérfanos es ensangrentado, en que el niño que tartamudeaba su oracion es pasado al filo de la espada.

Arabela. (*Aterrorizada.*) Sí... sí... en efecto... pero... ¿á qué recordarme esas desastrosas épocas?

Roberto. Porque vos podeis hacer renacer en Inglaterra esos males que os horrorizan.

Arabela. (*Levantándose.*) Yo... yo... no os entiendo.

Roberto. Los enemigos del rey pretenden que María Estuarda, su madre, no ha podido transmitirle los derechos que perdió por su sentencia como criminal de lesa-magestad...

Arabela. Acabad.

Roberto. Y que sois vos, milady, vos, hija de Carlos Estuardo, la que tiene únicamente derechos legítimos á la corona de Inglaterra.

Arabela. ¡Gran Dios! ¿Quién ha dicho...

Roberto. Unos ambiciosos, unos insensatos que, sin saberlo vos, querian hacer valer vuestros derechos al trono. Dos desgraciados que esta mañana han estado á pique de expiar su crimen en un cadalso.

Arabela. Pero el rey sabe muy bien que jamas reclamaré esa funesta herencia.

Roberto. Vos no la reclamareis sin duda, milady; pero qué les importa eso á los facciosos, si tienen la esperanza de que el que llegue á ser vuestro esposo algun dia, se armará de vuestros derechos justos ó injustos. — ¡Acordaos de Juana Grey...! Entonces volverian á encenderse las mal apagadas discordias... y volvería á correr de nuevo la sangre, hasta que Dios tuviese compasion de este desafortunado pais.

Arabela. ¿Creeis, sir Roberto, que yo no diria al que hubiese de ser mi esposo, todo lo que debo al rey? ¿Creeis que consentiría que se valiesen de mi nombre para turbar el reino de mi bienhechor?

Roberto. Perdone vuestra gracia si empleo con ella el austero lenguaje de una política enérgica y prudente. La paz, el reposo de un gran pueblo, exigen otras garantías que las de una promesa, por respetable que esta sea. Nadie como yo tiene fé en el candor, en la generosidad de vuestra alma; y no obstante esto, soy de los que piensan que por respetos á la futura tranquilidad de nuestra patria, debe imponerse un celibato eterno á V. A.

Arabela. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! William.

Roberto. (*Con sensibilidad mal reprimida.*) ¿Llorais, señora...? os compadezco. ¡Cuando empezábais á vivir apenas, veis cerrarse delante de vos las puertas de la vida...! Fatal es eso por cierto; pero hay posiciones que es preciso aceptar resueltamente para no oirse maldecir despues. Vuestra vida será un lento y doloroso sacrificio: tal vez habrá alguno que sufra en secreto vuestras mismas penas sin poder remediarlas.

Arabela. ¿Es decir que no me queda ninguna esperanza? el rey...

Roberto. ¡No es el rey, es la patria la que exige este sacrificio...!

Arabela. Me someteré resignada, sir Roberto.

Roberto. (*Cecil hace un movimiento para retirarse; pero al ver á Arabela, que ha dejado caer la cabeza entre las manos, se detiene é hinca una rodilla en tierra.*) Perdóneme V. A. por haberla dicho lo que era de mi deber decirla; perdóneme el rigor inflexible que mi obligacion me impone.

Arabela. Os perdono, sir Roberto. (*Levántase Roberto, mírala con ternura, y vase.*)

ESCENA IV.

ARABELA.

¡Oh! ¡desaparecieron mis sueños de felicidad! ¡dieron por tierra nuestras locas esperanzas de esta mañana! es preciso renunciar á pasar mi vida al lado de William... ¿Y todavía se atreven á llamar libertad á la nueva suerte

que me han formado...? ¡Y todavía me compadecen al recordar los diez años que he pasado encarcelada...! ¡Ah! ¡no saben lo que era la Torre de Londres con William...! Vamos... olvidemos aquellos felices dias... tengamos valor por él al menos... es preciso evitar su presencia.

ESCENA V.

WILLIAM. ARABELA.

Arabela. (*Haciendo un movimiento para marcharse.*) ¡Cielos! le he oido...

William. (*Deteniéndola.*) ¿Dónde vas? Soy yo.

Arabela. Déjame, déjame.

William. ¿Te llevas la mano á los ojos por no verme...? ¿Lloras...? (*Con energía.*) ¿Quién es el osado que te hace llorar?

Arabela. William, todo lo sé... esos derechos de que me hablaban, son derechos á la corona.

William. ¿Tienes derecho á la corona? Y yo, que acá para los dos, siempre te tuteaba...

Arabela. ¡Oh! malhaya los tales derechos. ¿Vas á darme ahora tratamiento tú tambien?

William. ¡No, no! ¿Pero cómo te estorban que te cases por tener derecho á la corona?

Arabela. Temen que el que yo elija por esposo los haga valer para destronar al rey.

William. ¡Cómo! ¿y han podido suponerme capaz de...

Arabela. ¡Eh...! nadie piensa en ti, ni te conocen siquiera; y aun cuando te conocieran, lo mismo sería, pues estoy condenada á no casarme con nadie... Está visto, William... no nos queda ninguna esperanza.

William. (*Parándose á reflexionar.*) Nada de eso; antes por el contrario vale mas que sepamos por qué te prohiben casarte. Una vez que esa sola es la razon, ¡mejor que mejor!

Arabela. ¿Cómo mejor?

William. Sí por cierto. ¿Por qué nos atormentan asi? ¿por tus derechos á la corona?

Arabela. Sí.

William. Vamos á ver... aqui para los dos... con franqueza... ¿tienes empeño en hacerlos valer?

Arabela. Yo... ¡Dios me libre!

William. Pues bueno... una vez que no te importan, y que ellos son el único obstáculo á nuestra felicidad... renunciemos á ellos.

Arabela. ¿Cómo?

William. Por un acto público... un manifiesto.

Arabela. ¿Y qué cosa es esa?

William. Un escrito, por el cual renunciemos en favor del rey... á todos los derechos que puedas tener...

Arabela. ¿Y no se necesita mas que eso para no poder ya ser reina?

William. No mas que eso.

Arabela. Pues hagamos corriendo un manifiesto.

William. Empezaremos por esponer los motivos de nuestra renuncia.

Arabela. Necesariamente hemos de esponer los motivos...

William. Pondremos... Considerando...

Arabela. Considerando... asi... asi... ¡á la legua se conoce que es cosa seria! Considerando...

William. Que el rey Jacobo ha sido para nosotros un padre...

Arabela. Y... que nos ha sacado de la Torre donde estábamos presos...

William. ¡Muy bien...! Que sería la mas negra ingratitud de parte nuestra ocasionar disturbios en su reino.

Arabela. ¡Muy bien...! Y que es el mejor de los príncipes...

William. Yo, Arabela Estuardo, declaro...

Arabela. Que todo el mundo se equivoca, diciendo que tengo derecho á reinar en lugar de mi primo Jacobo, y que en caso de ser verdad, renuncio formalmente en su favor á cuantos pudiere tener. Y yo, William Seimour, declaro...

William. Que no daré cuartel á los que intentasen hacernos reinar á pesar nuestro.

Arabela. Eso es, y en seguida firmamos.

William. Ponemos la fecha.

Arabela. Cuatro de noviembre de 1605.

William. Y se la enviamos á todas las testas coronadas de Europa.

Arabela. Y á todos los conspiradores de Inglaterra; á ver si quiere Dios que se esten quietos.

William. Una vez hecho eso, ¿qué obstáculo puede oponérsenos ya?

Arabela. Ninguno... Hemos hecho lo que debíamos respecto al rey... mi conciencia está tranquila.

William. Y la mia tambien. No hay mas sino que de todos modos nos vemos obligados á casarnos en secreto.

Arabela. Es cierto; pero cuando estemos casados se lo confesaremos todo al rey, y no tendrá mas remedio que perdonarnos.

William. ¿Y sir Roberto que te ha dicho que no podias casarte?

Arabela. Con un ambicioso; pero contigo que renuncias..:

William. Pues bien está; no perdamos tiempo... ¿Qué te han dicho los dos lores?

Arabela. Los dos pertenecen á partidos contrarios que conspiran y quieren hacer valer mis derechos.

William. Ya hemos renunciado á ellos.

Arabela. Me han dicho que si les otorgaba mi mano...

William. ¡Tú mano!

Arabela. Aguarda un poco... que si les otorgaba mi mano, juraban en nombre de los partidos que representaban, hacerme reina de Inglaterra.

William. (*Cavilando.*) Quieren casarse contigo... ¿dónde?, ¿por qué medios, si siempre estás rodeada de guardas de vista?

Arabela. Lord Dudley me ha propuesto introducir un ministro en el oratorio, á la hora del consejo, en que se halla esta parte de palacio casi desierta.

William. ¡Estamos salvados! Acepta la proposicion.

Arabela. ¿La de los dos?

William. Sí por cierto... el caso es tener maña para hacer que nos sirvan á nosotros los medios que hayan buscado para ellos; creerán estar trabajando para su boda, y trabajarán para la nuestra.

Arabela. ¡Verdad es...! Ahora eres tú el que tiene pensamientos felices... ya no desconfias como antes... te desconozco...

William. (*Con pasion.*) ¡Ah! ¡es que por poderte llamar mi muger me arrojaría al fuego! ¡Arrostraría mil veces la muerte!

Arabela. Vaya, vaya, señor entusiasta, déjese de esos arrebatos, que me dan miedo... Jamas consentiría en darte mi mano, si pudiese figurarme que corrias el menor riesgo al aceptarla.

William. Tranquilízate... ¿Que contestacion has dado á los dos lores? ¿Ni sí, ni no?

Arabela. Han quedado en venir aqui á saber mi respuesta.

William. ¿Pronto?

Arabela. Dentro de un instante.

William. Diles que sí... á todo que sí.

Arabela. Escóndete... escóndete... me parece que los oigo.

(*William se esconde detras del tapiz que cubre la puerta de la habitacion de Arabela.*)

ESCENA VI.

LORD DUDLEY. ARABELA. WILLIAM, *escondido.*

Dudley. Lord Mungo está aun en la galería. Princesa, en nombre de todo un pueblo que desea veros en el trono, ¿cuál es vuestra respuesta?

Arabela. Acepto.

Dudley. Pero la apertura del parlamento puede dar nuevas armas á nuestros enemigos, y trastornar los planes del partido que os aclama; sería muy conveniente que el casamiento se llevase á efecto antes de la reunion de los comunes.

Arabela. ¿No es mañana el dia en que deben reunirse?

Dudley. Sí señora, y por lo tanto esta misma tarde...

Arabela. ¿Esta tarde?

Dudley. A las cinco, durante el consejo... yo avisaré á V. A. dando tres palmadas.

Arabela. ¡Imposible!

Dudley. Es la única ocasion que se nos presenta... si se llega á perder...

Arabela. Pero, (*Turbada y mirando hácia el lado donde está William.*) es necesario un ministro...

Dudley. Todo está previsto... el herrero de Gretnagreen se halla precisamente aqui.

Arabela. (*A quien William hace señas de aceptar.*) Consiento en todo... Pero ¿quién nos responderá del silencio de ese hombre?

Dudley. La precaucion de presentaros ante él cubierta con un velo....Le haré entrar en vuestro oratorio. (*Señalando á la izquierda.*)

Arabela. ¿Y los testigos?

Dudley. Con el herrerro, uno solo basta.

(*Seña de William, manifestando que él servirá de testigo.*)

Arabela. Entonces lo será William, para mayor seguridad.

Dudley. ¡Perfectamente! (*Queriendo hincar una rodilla en tierra.*) La gratitud de toda Inglaterra... la mia...

Arabela. ¿No son las pisadas de lord Mungo esas que se oyen?

Dudley. (*Escapándose por la galería de la derecha.*) No juzgo prudente estar mas tiempo aqui.

William. (*Presentándose.*) ¡Muy bien! este nos proporciona un ministro, es preciso que el otro nos facilite un contrato... el de Fleming no nos sirve.

Arabela. Pero reflexiona por Dios... esta misma tarde...

William. Nada... todo va bien... dile á lord Mungo tambien que esta tarde, dentro de una hora... asi saldremos del paso cuanto antes.

Arabela. Calla, aqui viene el puritano.

ESCENA VII.

ARABELA. LORD MUNGO. WILLIAM, *oculto.*

Mungo. ¿Quereis derribar á Babilonia, y entrar triunfante en Jerusalen?

Arabela. Quiero entrar en Jerusalen.

Mungo. ¿Consentís? ¿Isaac se casará con Raquel?

Arabela. Antes de la audiencia de esta noche.

Mungo. ¿Cómo?

Arabela. En el oratorio.

Mungo. ¿En el oratorio? ¿cuándo?

Arabela. (*Con reserva.*) Un poco despues de las cinco... todo está corriente, á escepcion del contrato.

Mungo. Aqui traigo yo estendido este borrador por si...

Arabela. Dádmele.

Mungo. Con que... ¿consentís...?

Arabela. Desde luego.

Mungo. ¡Dios de Israel!

Arabela. ¡Él os inspire...! porque oigo venir hácia aqui á lord Dudley.

Mungo. (*Huyendo hácia la galería de la izquierda.*) No es prudente que me vea. (*Vase.*)

William. (*Saliendo.*) ¡Bravo! ya somos cuatro... Una vez que los pobres se toman tanto trabajo por nosotros... justo es que nosotros mismos hagamos algo... porque todavía nos falta lo mas importante.

Arabela. ¿Cómo?

William. Hacerles firmar el contrato como testigos, y que sin embargo cada uno crea firmarle como esposo; con la prisa y el aturdimiento estamparán su rúbrica sin reparar siquiera; no tenemos momento que perder; despues te esplicaré cómo hemos de gobernarnos para conseguirlo.

Arabela. ¿Y qué quieres que hagamos ahora?

William. Vamos á sentarnos ambos á esa mesa, y tú vas á escribir el acto de renuncia; ¿te acuerdas de él?

Arabela. Perfectamente.

William Yo voy á sacar nuestro contrato por el de lord Mungo.

Arabela. (*Sentándose.*) Vamos á ver... dame mi parte.

William. Toma, ahí tienes todo lo que necesitas. Yo me pongo á este otro lado.

Arabela. ¿Estás ya?

William. Aqui me tienes... Pon arriba: "Manifiesto al pueblo de Inglaterra y Escocia."

Arabela. (*Escribiendo.*) "Manifiesto. Considerando que Jacobo, rey..."

William. (*Escribiendo.*) "Hoy dia de la fecha, S. A. Arabela Estuardo y lord John Mungo," cambio el nombre: "de edad de cuarenta y seis años..." no, amigo mio, no son mas que veinte por ahora.

Arabela. Me acomoda mas eso. (*Escribiendo.*) "Renuncio á ellos en su favor..." ¿Y tú, qué tal? ¿adelantas mucho?

William. Estoy parado en un punto espinoso.

Arabela. ¿Cuál?

William. En el contrato de Mungo está previsto el caso en que hubiese hijos.

Arabela. ¡Ay, Dios mio! es verdad, no hemos pensado siquiera en nuestros hijos.

William. Es asunto mas serio de lo que tú crees.

Arabela ¿De veras?

William. Sí, en razon de nuestro manifiesto.

Arabela Ya le tienes acabado.

William. No importa, el honor nos dice que debe hacerse en él una aclaracion sobre nuestros hijos; haz una llamada y escribe: "Y renunciamos tambien á cuantos derechos pudieran tener nuestros hijos."

Arabela ¡Pobres criaturitas!

William No, no; mira, Arabela, es cuestion de probidad... Quiero ir mas allá todavía. (*Escribe.*) "Y á cuantos puedan alegar nuestros descendientes, bien fuesen de la línea masculina ó de la femenina."

Arabela. ¡Vaya que has de ser un padre muy huron!

William. Si son honrados aprobarán esto que ahora hacemos. Pon ahí tu nombre. (*Rasgando un papel.*) Ahora rompamos el modelo dado por lord Mungo: venga el manifiesto.

Arabela. Ahi le tienes.

William. Ya no existe mas que un contrato útil y valedero; el que tiene nuestros dos nombres, el que yo beso en este momento.

Arabela. Vamos á ver, aturdido... ¿es eso todo?

William. Falta todavía que me ayudes á poner esta mesa ahí.

Arabela. (*Ayudándole á llevar la mesa.*) ¡Uy! ¡cuánto pesa!

William. Hija mia, ¿pues qué, crees que no hay mas que casarse...? algun trabajo nos ha de costar.

Arabela. (*Con tristeza.*) William, ¿si por desgracia viésemos frustrados nuestros deseos...?

William. Me mataría.

Arabela. ¡Oh! ¡cruel!

William. Pero tranquilízate, lograremos lo que anhelamos; no tendré que recurrir á la muerte, y viviré mucho tiempo para amarte siempre.

ESCENA VIII.

DICHOS. UN UGIER. JACOBO.

Un ugier. El rey.

Arabela. Esconde el contrato.

Jacobo. (*A Arabela.*) Tengo que hablarte, hija mia... William, déjanos. (*William saluda y va á retirarse.*) Ó sino... mira... quédate. (*A Arabela.*) Es casi hermano tuyo... se alegrará con nosotros de la buena noticia que te traigo...

Arabela. ¿A mí, tio mio?

Jacobo. Escucha, Arabela; sir Roberto te ha intimidado esta mañana, de orden mia, una cruel sentencia...

Arabela. Tio... forzoso es, á lo que me ha dicho, que me someta á ella...

Jacobo. Pues no, querida Arabela... no... ya no hay necesidad de que te sometas.

Arabela. ¿Qué decís, señor?

Jacobo. Cuando sir Roberto me refirió despues tus lágrimas, tu desconsuelo... se me oprimió el corazon de tristeza y pesar; pero no podia hacer por tí mas que compadecerte. No obstante, á fuerza de cavilar, creo haber encontrado un término medio que cumpliendo con lo que la política exige, llenará á la vez mis deseos de verte feliz.

Arabela. ¿Qué decís... tio mio?

William. (*Aparte.*) ¿Si pensará en casarnos?

Jacobo. ¿Te sorprendes...? Escúchame con atencion... ¿Porqué razon estás condenada á vivir soltera eternamente? ¿Por tus malditos derechos á la corona, no es esto? Pues bien; ¿y si el hombre que debe temer mas que nadie que los haga valer, llegase á ser tu esposo? Si un casamiento confundiese los intereses de las dos ramas... ¡Eh! (*A William.*) Todavía no lo ha entendido... pero verás asi que caiga en ello cómo salta de alegría.

William. ¡Dios mio...! qué quiere decirla. (*Aparte.*)

Arabela. Señor... V. M...

Jacobo. (*A William.*) Mírala, William... con esos ojos de asombro.... (*A Arabela.*) ¿Cómo? ¿no entiendes... el príncipe de Galès, mi hijo...?

Arabela. ¿El príncipe de Gales...? señor.

William. (*Aparte con tristeza.*) Comprendo... ¡murió mi dicha!

Jacobo. Pues bien, amada prima, una vez que es preciso poneros los puntos sobre las *ics*, concluiré diciendo que tengo el honor de proponer á V. A. en casamiento á mi hijo Enrique Estuardo... ¿Está ahora claro?

Arabela. (*Juntando las manos.*) ¡Oh! ¡Dios mio...! ¡Dios mio!

Jacobo. ¿Es ese el modo que tienes de darme las gracias?
Arabela. (*De rodillas.*) Señor...
Jacobo. ¡A mis pies...! Arabela... ¿qué teneis? (*La levanta.*) ¿Qué significa esto?
Arabela. Señor... conozco toda la estension de las bondades de V. M. para conmigo; pero por compasion le suplico... que no me obligue á ese casamiento.
William. (*Aparte.*) Rehusa...
Jacobo. ¡Por San Jorge...! ¿Arabela, estais loca? vos no habeis pensado bien en lo que habeis dicho: negarse á ser algun dia reina de Inglaterra...
Arabela. Señor, perdóneme V. M., no puedo.
Jacobo. ¡Despreciar tres reinos, por un capricho de niña mimada! es para perder el seso.
Arabela. (*Cogiendo la mano de William sin que el rey lo vea.*) Señor, no es por capricho por lo que rehuso fortuna tan brillante... para mí no está en ella la felicidad.
William. (*Bajo y con tristeza.*) Piénsalo bien; serías reina...
Jacobo. (*Enojado.*) Y sabeis que puedo llegarme á enfadar y mandároslo... (*Advirtiendo el temor de Arabela.*) Pero no... no... hija mia... no tengas miedo... Vamos á ver; ven aqui tú, William, ayúdame á convencerla, hablemos como buenos amigos... Mi hijo Enrique no te hace mucha gracia... Vamos, claro, no te hace maldita la gracia... lo conozco... la corona le hace á uno cargar á veces... ¡Ay! hija mia, harto bien lo sé yo... pero medítalo bien, no hay para tí otro enlace posible.
William. S. A. no ha considerado con la suficiente madurez lo que V. M. la propone.
Arabela. (*Aparte.*) ¡Pobre William! él tambien.
William. Si esas ventajas que en el dia parece despreciar apareciesen en lo sucesivo á sus ojos bajo un nuevo aspecto, si en la modesta posicion con que ahora se conforma hubiese de sentir despues inútiles y acerbos remordimientos...
Arabela. (*Con viveza y mirando á William.*) Señor, delante de Dios, que nos oye, juro no arrepentirme nunca de la resolucion que hoy he tomado.
William. (*Aparte.*) ¡Y todo por mí...! ¡por mí! Arabela...
Jacobo. Déjala, Villiam... déjala... una vez que asi lo quiere, allá se las avenga... Deseas quedarte soltera... hija mia...

pues quédate soltera... peor para tí; ¡pero no me vengas en lo sucesivo á quejarte de tu suerte. ¡Por San Jorge...! tan bonachon como me ves ahora, te habia de recibir de un modo algo duro... (*Con pena.*) Ea, se concluyó, no hablemos mas de esto.

Arabela. (*Con alegría.*) ¡Oh! gracias... gracias, querido tio; no temais nada, no me quejaré nunca, os lo juro. (*Quiere cogerle la mano.*)

Jacobo. (*Retirando.*) Dejadme, dejadme; ya no quiero ser vuestro tio.

Arabela. ¿Os vais enfadado conmigo...?

Jacobo. Sí por cierto... despreciar al heredero del trono... es una locura...

Arabela. Pues bien; tened lástima de la pobre loca...

Jacobo. No... prefiero irme enojado contigo... asi me pesará menos lo que tengo que hacer en el consejo, y consentiré en todo lo que quiera sir Roberto... El loco era yo en solicitar... ¡Hola! ¡hola! nos la venís echando de Isabel.

Arabela. Tio...

Jacobo. Vayan al diablo las muchachas, y sus necios antojos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

WILLIAM. ARABELA.

Arabela. (*A William, que está pensativo.*) William... William... ¿En qué piensas?

William. ¡Despreciar por mí una corona!

Arabela. ¿No la despreciarias tú por mí?

William. Por piedad, Arabela.

Arabela. ¿Qué quieres?

William. Nuestro enlace es ya imposible.

Arabela. ¿Imposible?

William. Reflexiónalo bien... ¡reina... reina...!

Arabela. Bien está; sí... hubiera podido ser reina... Bendito sea este dia, pues en él he podido despreciar un trono, y decirte: ha sido por consagrarte mi vida entera.

William. Arabela... Arabela...

Arabela. ¿Te sorprende este lenguaje, no es verdad...? á mí misma me maravilla... pero hace poco... en el momento en que el rey me hablaba de pertenecer á otro que á ti... en el momento en que visto que podia hacerte lo que tú

llamas un sacrificio... ¡Oh! no puedo decirte lo que por mí ha pasado... he sentido todo lo que tú eres para mí... he sentido la necesidad de mostrarte que no era ya únicamente el cariño de infancia; y me ha pesado que no me ofreciesen mas que tres reinos... porque hubiera querido tener mas que despreciar.

William. Arabela... ¿con que es cierto que me amas?

Arabela. (*Con pasion.*) ¡Que si te amo...! Mira, en tí he reunido los diversos afectos que otras personas sienten hácia sus parientes, sus amigos, sus compañeros de infancia, porque tú has sido para mí todo esto; el cariño que no he podido poner en una madre, porque no la he conocido, le he cifrado en tí; tú eres el primero, el único á quien he amado... te amo todo lo que debia amar á los demas.

William. ¿Pero esa sentencia que te amenaza?

Arabela. ¿Qué le importa nuestro casamiento á la Inglaterra, al rey, si debe quedar ignorado? Bien lo ves, William, ahora soy yo la que tengo que animarte.

William. Es cierto, sí, lo confieso, ahora tengo miedo por tí.

Arabela. ¡Oh! ¡no se siente capaz de amarme bastante para indemnizarme de la pérdida de una corona! (*Campaneo á lo lejos.*) Escucha, escucha, es en Westminster.

William. ¡Arabela, este es un momento solemne! por última vez, ¿estás resuelta?

Arabela. ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

William. Bien está; cúmplase tu deseo, porque yo sabré pagarte en amor cuantos sacrificios hubieses hecho por mí; porque tu dicha será mi norte, mi deber, mi dicha tambien. (*Arrojándose á sus pies y con voz conmovida.*) Porque conozco que sin tí, mi dulce compañera de infancia y de infortunios, no hubiera podido vivir.

Arabela. (*Pasándole uno de sus brazos al rededor del cuello, é invocando al cielo.*) ¡Protejednos, Dios mio! Cuando éramos desgraciados hemos elevado juntos muchas veces hasta vos nuestras plegarias, y en la felicidad no os hemos olvidado. ¡Protejednos!

(*Oyense tres palmadas dentro.*)

William. (*Levantándose.*) Ven... ven...

Arabela. Yo tiemblo.

William. ¡Ven!

Arabela. El rey viene hácia aqui.
William. Date prisa; nos esperan. (*Se la lleva.*)

ESCENA X.

JACOBO. *Poco despues* ROBERTO CECIL, *y mas tarde* ARABELA. WILLIAM. LA CORTE.

Jacobo. No he tenido valor para entrar en el consejo; ignoro las disposiciones que habrán adoptado contra esa pobre jóven... pero mientras no haya yo soltado mi firma... Aguardemos aqui tranquilamente la hora de la audiencia.
Roberto. (*Saliendo.*) Señor, el consejo se ha terminado.
Jacobo. ¡Ah! mejor... asi se ha ganado un dia.
Roberto. Mis cólegas despues de una madura deliberacion me han comisionado para que comunique á V. M. la resolucion que ha sido adoptada respecto á lady Arabela.
Jacobo. ¿Y qué han decidido?
Roberto. Restablecer en todo su vigor el decreto de la difunta reina, el cual previene que todo casamiento contraido en secreto por la princesa, debe ser considerado como un atentado á la estabilidad del trono de Inglaterra, y castigado como crimen de lesa-magestad.
Jacobo. Pero ese castigo...
Roberto. No puede V. M. ignorarle; para la princesa una prision perpetua; ¡para su cómplice la muerte! Dígnese V. M. rubricar el acuerdo del consejo.
Jacobo. ¡Yo!
Roberto. Es indispensable.
Jacobo. Nunca.
Roberto. Señor... medite bien V. M. lo que dice... ¿No es preferible lanzar ahora contra la princesa esa amenaza, que no llegará á realizarse nunca, porque vivirá prevenida, á tener que hacer tal vez algun dia un ejemplar castigo... Mil escollos rodean á la jóven Arabela; si los informes que me acaban de dar son exactos, hay quien intenta arrastrarla á su ruina.
Jacobo. ¿Cómo?
Roberto. He recibido aviso de que el herrero de Gretna-green se halla aqui. Señor, un enlace formado por él, aqui, en este palacio, sería válido, indisoluble... sola la muerte podria destruirle... Esta mañana ha adivinado

V. M. mi secreto... señor, aun es tiempo... salvad á la princesa... previniéndola del peligro que la amenaza.

Jacobo. Vos lo quereis... (*Yendo á la mesa y sentándose para firmar.*) ¡Ah! plegue al cielo que esta sentencia no la alcance nunca.

William. (*Volviendo á salir con Arabela.*) ¡Mia, eres mia por siempre....!

Arabela. ¿Y el contrato?

William. Dudley le ha cogido creyendo ser esposo tuyo; pero forzoso será que nos le devuelva.

Arabela. Y al pobre lord Mungo que vino despues, ¿qué papel le has dado?

William. Queria llevarse el contrato, y yo no tenia mas que el de la vieja Fleming... del cual se ha apoderado enagenado de alegría.

Arabela. (*Reparando en el rey.*) ¡El rey! (*Ábrense las puertas del foro y aparece la corte.*)

Jacobo. (*Levantándose y reparando en Arabela, dice en voz baja á sir Roberto:*) Sir Roberto, no la envies esa orden hasta que yo haya despedido á la corte. (*Alto.*) ¿Estais pronta, querida prima?

William. Véalo V. M.

Jacobo. ¿Vienes con nosotros, William?

William. Sí señor. (*Bajo á Arabela.*) ¿Puedo yo acaso separarme ya de tí?

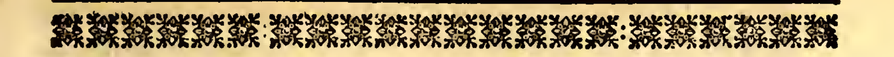
Arabela. (*Bajo y sonriéndose.*) Calla, moscon.

Jacobo. Marchemos, milores.

Arabela. (*Bajo al rey.*) Vamos, ¿vendreis esta noche á jugar á los enigmas despues de recogeros?

Jacobo. (*Bajo á Arabela, á quien da la mano.*) Allá veremos... allá veremos... tú lo has querido... Escucha, Arabela, por compasion hácia el hombre á quien ames, no te cases nunca.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LORD DUDLEY.

No hay medio de hablar á la princesa, ni de entregarle este aviso misterioso. Y sin embargo es preciso prevenirla á todo trance... Catesby, acosado por mis preguntas sobre esa conjuracion en que me he comprometido sin conocer su verdadero objeto, acaba de descubrirme tan horrible trama... Mañana... cuando el parlamento esté reûnido, deben sucumbir todos bajo un mismo golpe... por una misma esplosion... y ella tambien... ¡Oh! ¡nunca, nunca! — ¿Cómo gobernarme para que llegue á sus manos este escrito? — ¡Ah! su Biblia... es su libro favorito, y en el que lee todas las mañanas. (*Esconde en ella un papel.*)

ESCENA II.

LORD DUDLEY. UN OFICIAL DE GUARDIAS.

Oficial. Lord Dudley, vuestra espada...
Dudley. ¿Mi espada?
Oficial. (*Entregándole un papel.*) Ved aqui la orden del ministro.
Dudley. (*Leyendo.*) ¿Tendrán noticia de mi casamiento...? No...: se trata de la conjuracion... Acusado de alta traicion... ¡todo se ha descubierto! ¡ah! ¡perdido! ¡estoy per-

dido...! (*Reflexionando.*) Pero ahora pertenezco por mi casamiento á la familia real; aun me queda ese medio de salvacion. (*Al oficial, entregándole el contrato bajo sobre.*) Capitan, ¿quereis encargaros de entregar al rey este pliego en secreto?

Oficial. Sí, milord.

Dudley. (*Entregándole el pliego.*) Estoy pronto á seguiros.

William. (*Saliendo al tiempo que se aleja Dudley, le dice en voz baja:*) ¿Y el contrato?

Dudley. (*Idem.*) Está en manos seguras. (*Vase con el oficial.*)

ESCENA III.

WILLIAM. *Despues* ARABELA.

William. ¿Qué significará este arresto...? lord Mungo ha sido preso tambien. Habrán intentado contrarestar el poder de sir Roberto Cecil. Les compadezco si llegan á caer en sus terribles manos. (*Arabela sale precipitadamente.*) ¡Ah! ¿eres tú...? por fin te veo, Arabela mia.

Arabela. ¡William! ¡William! ¡te he perdido!

William. ¿Qué dices?

Arabela. Sí, te he perdido al darte mi mano. ¡Ah! ¡es una cosa horrible!

William. ¡Me haces temblar...!

Arabela. Todo enlace secreto contraido por mí es un crimen de lesa-magestad... mi cómplice... ¡tiene pena de muerte!

William. ¡Pena de muerte...! pero no, tranquilízate, Arabela, tranquilízate... nadie sabe nuestro enlace.

Arabela. Es preciso confesárselo todo al rey.

William. ¿Estás en tí? ¡se pondría furioso!

Arabela. No... no... ¡nos quiere tanto...! ya lo has oido, á pesar de su enfado de esta mañana, nos ha dicho que vendria despues como todas las noches á jugar con nosotros.

William. ¿Y esa orden, está ya firmada?

Arabela. Sí; ¡estoy llena de terror! ¡una prision! ¡la muerte!

William. Entonces, Arabela, es preciso huir.

Arabela. ¡Huir...! ¡abandonar al rey! ¡Dios mio! ¿qué resolucion tomariamos que fuese la mas acertada?

William. No sé... ¡y no tenemos nadie... nadie con quien aconsejarnos!

Arabela. Sí... William... sí.. olvidamos una voz sagrada que nos ha servido de guia desde nuestra infancia. ¿Te acuerdas lo que haciamos en la Torre cuando nos hallábamos perplejos...? abríamos la Biblia á la ventura...

William. Y el sentido del primer versiculo nos decidia... Tienes razon... (*Coge la Biblia, y cae el papel.*) Veamos... ¿Qué es esto? ¿Quién ha puesto aqui esta carta? (*Lee.*) "Si teneis apego á la vida, no vayais al parlamento mañana; debe darse en él un golpe terrible, que no se verá de dónde sale..."

Arabela. ¿Para quién es ese escrito?

William. Lo ignoro... no tiene sobre... ¿Has entendido tú algo?

Arabela. ¿Yo? ni una palabra... ¿y tú?

William. Menos...

Arabela. Deja ahí ese papel, y abre pronto la Biblia; puede venir el rey.

William. Veamos. (*Lee.*) "Al principio es la mentira dulce á la boca del hombre; pero tórnase despues amarga como el acibar..."

Arabela. Lo oyes... lo oyes.. William, es preciso declarárselo todo al rey.

William. Tenias razon.—¡Bien está! hablaré.

Arabela. No... quiero ser yo.

William. ¡Ah! aqui viene.

ESCENA IV.

WILLIAM. ARABELA. JACOBO.

Jacobo. (*Saliendo por la puerta escusada.*) ¡Llévese el diablo la etiqueta y los que la han inventado! Por fin me veo libre, me creen dormido... Estais aqui, hijos mios... benditos sean vuestros risueños y juveniles rostros... jamas he tenido tanto placer en contemplarlos. Sin duda proviene de que acabo de separarme de mis cortesanos. (*Siéntase en una poltrona al lado del fuego; Arabela y William permanecen en pie á entrambos lados del sillon.*) Vamos á ver... vengo dispuesto á loquear mas que ninguna noche...

Arabela. Bien está, amado tio... pero nosotros teniamos una cosa muy seria que deciros...

Jacobo. (*Pesaroso.*) ¡Ah! vosotros tambien... teneis que hablarme de cosas serias...

Arabela y *William.* (*A un tiempo.*) Muy serias.

Jacobo. Muy serias, ¿eh? Pues bueno; me alegro saberlo, porque os declaro reos de lesa-magestad si tú ó tú hermano... teneis la desgracia de decir esta noche no tan solo una cosa seria, sino la menor cosa que tenga asomo de razon.

Arabela. Pero, tio...

Jacobo. (*Con bondad.*) Pero, tio... Hija, despues de todo un dia de fastidio, consagrado á los asuntos de estado, os pido por Dios un poco de descanso, un momento de franca y cordial alegría. Vengo en confianza, ya lo sabeis, á reir y jugar con vosotros... Mi hijo es grave y silencioso; mi muger... á quien Dios conserve luengos años para felicidad de mis pueblos... es áspera y regañona como un diablo, lo cual hace que mi vida interior no sea muy divertida... No echeis á perder una noche que tan bien se presentaba... dueños sois de hacerlo; pero sería poca generosidad de vuestra parte.

Arabela. (*Bajo á William.*) No tengo valor para hablarle ahora.

William. Ni yo tampoco. Veremos despues.

Arabela. (*A William.*) Hagamos por divertirle.

Jacobo. Con que vamos; ¿está decidido? fuera la formalidad.

Arabela. Sí, tio mio... á divertirnos... á jugar como todas las noches.

Jacobo. ¡Bravo...! asi os quiero yo... Hijos mios, vosotros no sabeis lo que valen vuestros años... ¡Ah! ¡qué no daria yo por hallarme en esa dichosa edad...!

William. Sin embargo, señor... vos sois rey de Inglaterra y Escocia... y cuando teniais veinte años...

Jacobo. Era un monarca muy poco temible, ¿no es esto? Sí; pero entonces peinaba yo una guedeja tan rizada y suave como la vuestra... ¡señor page! y adornaba mi frente con una airosa gorrilla escocesa... entonces, con el halcon en el puño, desafiaba al mas intrépido de nuestros montañeses á que me siguiera por entre brezos y matorrales.

Arabela. Pero tampoco habitabais como ahora Withe-Hall... el palacio mas bello de Inglaterra y de Europa, segun dicen.

Jacobo. Por qué no añades: ¿Y no veniais á jugar á los enigmas con nosotros? Vamos á esto; hoy os traigo un soberbio enigma, que apuesto á que no adivinais.

Arabela. ¡Ah! veamos, veamos, tio mio.

William. Decídnosle...

Jacobo. Nada de eso... le guardo para lo último; empecemos por el vuestro.

Arabela. No tenemos ninguno.

Jacobo. Pues bueno; buscad uno... y despues os diré el mio.

William. ¡Oh! eso es poca generosidad.

Jacobo. No, no tengamos la de siempre... yo cargo con todo el trabajo... vosotros sois unos holgazanes; asi aprendereis.

William. (*A Arabela.*) ¡Qué idea me ocurre...! ese papel.

Arabela. Tienes razon, hagámosle creer que es un enigma. (*Arabela va á buscar el papel, y se le da al rey.*) Tened, querido tio.

Jacobo. (*Cogiéndole.*) ¡Vamos á ver! ¡En prosa! ¡por Apolo! ¡en vil prosa!

William. ¡Oh! pero es prosa dificil.

Jacobo. Yo me paso de bueno... en rigor, solo los enigmas en verso debian valer... pero... vosotros haceis de mí todo lo que quereis. Leamos. (*Lee.*) "Si teneis apego á la vida... no vayais mañana al parlamento." ¡Ah! ¡es cosa de política! ¡un enigma político! no son por cierto los mas fáciles... pero este principio está algo exagerado... "Si teneis apego á la vida, no vayais al parlamento..." El parlamento... es bastante fastidioso... no lo sabeis vosotros bien... alli hace uno mala sangre... aunque tambien hay quien se duerme... y engorda.

Arabela. Seguid, seguid, tio mio... ya vereis.

Jacobo. (*Leyendo.*) "Debe darse un golpe terrible, que no se verá de dónde sale." ¡Hola! esto se va complicando... "Que no se verá de dónde sale." ¡Ya estoy...! ¡un escrutinio secreto...!

Arabela. Qué tal, ¿vais adivinando?

Jacobo. Empiezo... empiezo... "El peligro pasará en menos tiempo que vos gastareis en quemar esta carta." ¡Hum! ¡hum! —Pues señor, confieso mi pecado; el enigma está

bien hecho... porque estoy á cien leguas del acertijo.— "El peligro pasará..." ¿Qué diablos podrá ser...? ¿Eres tú, William, el que ha compuesto esta obra maestra, capaz de desesperar á la esfinge?

William. No soy capaz de tanto.

Jacobo. Cómo, ¿es Arabela?

Arabela. ¿Yo? (*Riendo.*) Mucho menos.

Jacobo. ¿Pues quién ha sido entonces?

Arabela. No lo sabemos.

Jacobo. ¿Cómo...? "Si teneis apego á la vida..."

Arabela. Nos le hemos encontrado.

Jacobo. "No vayais al parlamento..." ¿Os le habeis encontrado? ¿Cuándo?

Arabela. Hace poco.

Jacobo. "Debe darse un golpe terrible..." ¿Y dónde le habeis encontrado?

Arabela. En mi Biblia...

Jacobo. ¡En su Biblia...! Una letra desfigurada... ¡es un aviso secreto!

Arabela. Qué tal, tio mio, ¿habeis adivinado?

Jacobo. (*Cavilando.*) Ahora empiezo. (*Animándose.*) ¡Una trama oculta! ¿de qué especie? "El peligro pasará en menos tiempo que..." ¡Una arma de fuego...! ¡para mí tal vez! Pero ¿á qué vendria entonces estorbarla á ella que fuera...? ¿No es eso? (*Estallando.*) ¡Oh! ¡es horrible...! ¡infame!

Arabela. ¿Qué teneis, tio mio?

William. No os entendemos.

Jacobo. Bien creo que no me entendereis; ¿acaso vuestras nobles y generosas almas pueden concebir... ¡pobres jóvenes! ¡Oh! ¡las pasiones políticas, el delirio sanguinario de la ambicion...! Quiera Dios que lo ignoreis siempre... siempre. (*Llama.*) Miss Fleming está todavía ahí... Retiraos... retiraos... despues os llamaré, si puedo.

Arabela. (*Bajo á William.*) ¡Y no le hemos dicho nada!

William. No ha sido por culpa nuestra... Creo que hemos hecho bien en abdicar.

Jacobo. ¡Era tan feliz hace un instante! me hallaba tan tranquilo... (*A Gib, que sale.*) ¡Tú aqui!

Gib. Sir Roberto Cecil ha venido...

Jacobo. ¿Está ahí? ¡que entre! ¡que entre!

ESCENA V.

ROBERTO. JACOBO.

Jacobo. ¿Qué hay, sir Roberto, qué noticias me traeis?

Roberto. Señor, mis sospechas eran fundadas... lord Dudley está comprometido en una conjuracion papista.

Jacobo. ¡En mi casa!

Roberto. Lord Mungo mantiene relaciones con el partido de los independientes del norte... Señor... esta mañana...

Jacobo. ¡Esta mañana estaba yo loco! ¡esta mañana creía en la gratitud de los hombres, creía desarmar, á fuerza de clemencia, su baja y perseverante maldad...! Pero mirad lo que ha sucedido: lo han achacado á debilidad, se han burlado de mí... He dicho que no me gustaba la guerra, que no me gusta derramar sangre, y se han burlado de mí... ¡No he querido tener por compañero y primer funcionario de mis reinos al verdugo, y visto esto, han resuelto asesinarme!

Roberto. ¿Asesinar á V. M.?

Jacobo. (*Dándole un papel.*) Leed este aviso... ¡Insensatos, que no han supuesto en mí ni aun la fuerza que da el instinto de conservacion!

Roberto. ¡Qué misterio!

Jacobo. Sí... sí... es apocalíptico... pero me he adiestrado en esa clase de juegos, y ¡gracias al cielo! no soy tan tonto como ellos creen... Será en pleno parlamento... "Un golpe terrible..." Al pronto juzgué que sería una puñalada... "Pero el peligro pasará instantáneamente..." ¡Aqui debe haber cosa de pólvora... es una esplosion sin duda...! se han acordado de mi padre... y yo solo no basto á su sed de sangre... Todas las prendas de mi cariño... ¡mis hijos.... mi familia...! ¡Cuántas personas útiles cuenta la Inglaterra!

Roberto. ¿Y este papel ha sido entregado por alguna persona?

Jacobo. Ha sido hallado en la Biblia de lady Arabela.

Roberto. ¿Querian que ella se librase de la muerte preparada para todos?

Jacobo. Teneis razon, sir Roberto... este es algun nuevo pretendiente... Enhorabuena... ¡es preciso aterrarlos con un castigo ejemplar...! tanto peor para ellos... para qué

lo han querido... ¿No soy en definitiva rey de una gran nacion que puede echarme en cara que soy generoso á costa suya? que ella paga mi clemencia en contínuas alarmas y guerras civiles... ¡Justicia á todos, Roberto, justicia á todos! os dí mi palabra esta mañana.

Roberto. ¿Qué disponeis de los dos lores, señor?

Jacobo. Justicia á todos os he dicho; ¿dónde estan?

Roberto. Presos y detenidos en palacio. Lord Mungo dice que tiene que revelar á S. M. cosas de grave importancia.

Jacobo. ¿Qué es lo que querrá ese ahora? que venga.

Robertò. (*A Gib, que está en el fondo del teatro.*) Que traigan aqui á lord Mungo.

Jacobo. Mandad registrar todas las casas contíguas al parlamento, los pisos bajos, las cuevas... alli debe estar el peligro.

Roberto.. ¡Gran Dios! V. M. me ilumina; los informes que he recibido... dentro de algunos minutos lo sabré todo.

Jacobo. Marchad... redoblad vuestro celo y prudencia... mi energía esta vez escederá á la vuestra... ¡Por San Jorge! pasó ya el tiempo de la debilidad.., andad... andad.

Roberto. El cielo guarde á V. M. (*Vase.*)

Jacobo. Y estos muchachos que me estan esperando.

ESCENA VI.

EL REY. ARABELA. WILLIAM. *Poco despues* LORD MUNGO, EL OFICIAL *y* SOLDADOS.

Arabela. ¿Nos habeis llamado, querido tio?

Jacobo. Todos nuestros planes se han frustrado, hijos mios: no podeis tener mi enigma por esta noche... el vuestro...

Oficial. Señor, lord Mungo.

Mungo. Si V. M. se digna concederme un momento de audiencia...

Jacobo. ¿Qué quereis?

Mungo. Señor, he sido preso por orden del primer ministro.

Jacobo. El primer ministro habrá tenido sus razones para dar esa orden... porque vela sobre los traidores.

Arabela. (*A William.*) ¡Qué enfadado está el rey...! Nunca le he visto asi.

Jacobo. Hablad... despachaos.. ¿qué quereis?

Mungo. Si mi nombre se halla mezclado en algun siniestro proyecto, es que yo...

Jacobo. Esplicaos... esplicaos.

Mungo. Dígnese leer V. M. este papel.

William. (*Bajo á Arabela.*) ¡El contrato que le dí!

Jacobo. (*Desdoblando el papel.*) ¿Qué es esto, señor?

Arabela. (*Bajo.*) Si le irá á decir...

William. Escuchemos.

Jacobo. (*Leyendo á media voz.*) "Partida de casamiento entre James Gib y Sara Fleming." (*A lord Mungo.*) Bien, ¿y qué? ¿este documento...?

Mungo. Me coloca en una posicion enteramente escepcional, y...

Jacobo. (*A media voz.*) ¿Si no habré leido bien...? "Partida de casamiento entre James Gib y Sara Fleming..." Decíais, caballero, que...

Mungo. Que mi posicion es única en los tres reinos.

Jacobo. (*Cavilando.*) No entiendo... por qué la vieja Fleming haya pensado en casarse con Gib... (*Examinando el contrato.*) porque lo que es la firma de Gib no está aqui... (*Señalando á Mungo.*) Se va á encontrar este hombre... en una posicion única y sola... ¿Pero qué es esto, señor? ¿tenemos aqui otro enigma...? pues os advierto que no tengo humor de adivinarle... porque aqui hay oculta sin duda alguna trama... alguna nueva pérfidia.

Mungo. Pero, señor..: sin embargo... ese documento...

Jacobo. ¡Idos al diablo vos y vuestro documento!

Un oficial. Señor, lord Dudley me ha encargado que ponga este escrito en manos de V. M.

Jacobo. (*Leyendo.*) "Señor, un aviso saludable dado á tiempo, probará á V. M. los lazos que en el dia me unen á su real persona; el escrito adjunto convencerá desde luego á V. M..." Otro documento... esto tiene trazas de ser tambien un contrato de boda. ¿Qué quiere decir esto? (*Leyendo el escrito con dolor y rabia.*) ¡Ellos! ¡ellos...! ¡ah! ¡es indigno! (*Cubriéndose los ojos con la mano.*) ¡Unos jóvenes á quienes queria como á hijos...!

Arabela. (*A William, y señalando al rey.*) Mira, William, es una mala noticia. (*Los dos se acercan.*) ¡Querido tio!

Jacobo. (*Estallando.*) Dejadme.

William. Señor...

Jacobo. (*Volviéndose, y señalando á William.*) Capitan, este jóven es vuestro prisionero. (*Los guardias rodean á William.*)

Gib. (*Saliendo.*) Señor, un descubrimiento horroroso.

Jacobo. ¿Qué hay?

Gib. ¡Debajo de la cámara...! Sir Roberto...

Jacobo. ¿Está ahí...? Que nadie salga... (*Señalando á William.*) Capitan, apoderaos de todos sus papeles, y entregádmelos inmediatamente. (*Vase con precipitacion, seguido de Gib.*)

ESCENA VII.

ARABELA. WILLIAM. EL CAPITAN. GUARDIAS.

Arabela. ¡Oh! ¡Dios mio...! ¡William...! ¡William.

William. Tranquilízate, Arabela, tranquilízate; todavía no está todo perdido; sospechan de nosotros... pero no tienen prueba alguna.

Arabela. No, no; todo lo sabe... ¿y nuestro contrato... nuestro contrato?

William. Lord Dudley le ha puesto en manos seguras.

Arabela. ¿Pero sabes tú si es eso cierto? ¿di...?

William. Asi me lo ha afirmado él mismo... te lo juro...

Arabela. En vano te afanas por tranquilizarme... Yo quiero ver al rey.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL REY.

Jacobo. ¿Adónde íbais?

William. Señor... (*El oficial entrega al rey un papel hallado sobre William.*)

Jacobo. (*Abriéndole.*) ¡Un manifiesto! él tambien... Retiraos. (*Vanse todos.—A William y Arabela.*) Quedaos vosotros... (*A Arabela y William, que los mira con indignacion.*) ¡Casados...!

Arabela. ¡Piedad...! ¡piedad!

William. No castigue V. M. mas que á mí... sé que merezco la muerte...

Jacobo. (*Paseándose muy agitado.*) Sí... la habeis merecido, porque sois un ingrato.

William. ¡Yo, señor!

Jacobo. (*A Arabela.*) Y vos tambien...

Arabela. ¡Ah! ¡no lo creais...!

Jacobo. (*Paseándose agitado, y deteniéndose de vez en cuando delante de ellos.*) ¿Quién os sacó de vuestra prision...? ¿Quién os ha traido á la corte para protegeros, para serviros de tutor...?

Arabela. ¡Vos! vos, señor...

William. No dudeis de nuestro agradecimiento, de nuestro cariño...

Jacobo. ¡Vuestro cariño, miserables jóvenes! ¡vuestro cariño! ¡Decís que me quereis, y cuando yo me bajo al nivel de vuestra edad, para tomar parte en vuestros juejos, para ser vuestro amigo, fraguais intrigas con las gentes de vuestra servidumbre, á quienes engañais... dais valor á proyectos estravagantes que sin vuestro apoyo, sin vuestro nombre no hubieran pasado de absurdos desvaríos, pues Dudley y sus cómplices cifraban sus esperanzas en un casamiento!

Arabela. Pero ese casamiento ha sido una ficcion, una estratagema, un juego.

Jacobo. ¡Un juego! ¡ah! ¡vosotros habeis creido que se jugaba con la ambicion el fanatismo y el odio! Pues tened entendido que vuestra loca imprudencia ha forjado una cadena de execrables pasiones, que de eslabon en eslabon os llevaba al asesinato.

Arabela. (*Aterrada.*) ¡Dios mio!

Jacobo. ¡Al asesinato...! y aun no digo bastante... ¿Sabeis lo que se ha encontrado bajo las bóvedas del parlamento, donde debian mañana tomar asiento á mi lado, mi familia, mis amigos, los hombres de mas valía de Inglaterra? En medio de un monton de barriles de pólvora, y decidido á pegarles fuego, uno de esos furiosos fanáticos, que por hacer que triunfe su partido sacrifican con la mayor impavidez á propios y á estraños, á sus enemigos y á sí mismos... mañana era el dia en que debia estallar la conjuracion de las pólvoras.

Arabela. ¡Oh! ¡eso es horrible!

Jacobo. ¿Y sabeis por qué debia ser mañana? porque ese casamiento, en el cual ha creido lord Dudley, daba hoy á su partido armas y derechos.

William. ¡Oh! no... no somos tan culpables.

Jacobo. Lo sois, vuelvo á decir. (*A William.*) Vos sobre todo; si tanta prisa teniais de morir en un cadalso como vuestro padre, ¿por qué habeis envuelto en vuestra desgracia á esta pobre jóven, precipitándola de nuevo en la prision, que la reclamará bien pronto...? ¿No sabeis que he jurado esta mañana no conceder perdon alguno...? ¿Habeis creido que yo podria ser perjuro? No, ¡por San Jorge!

Arabela. ¡Oh! piedad... señor...

Jacobo. No hay piedad para él, que me priva á la vez de dos amigos, de dos hijos, que, en la edad en que el alma es noble y generosa, abriga ya criminales intentos.

William. Tomad mi vida, señor; pero no me calumnieis.

Jacobo. ¡Calumniarte! ¿y este escrito hallado sobre tí...? ¿este escrito que acaban de entregarme...? "Manifiesto al pue»blo de Inglaterra y de Escocia... Considerando que el rey »Jacobo I ha sido para nosotros un padre, que nos ha »sacado de la Torre donde estábamos presos... y que se»ría la mas negra ingratitud de parte nuestra... renun»cio formalmente en su favor..." (*Llorando.*) ¡Qué es lo que leo...! ¡Ah! ¡ah! ¡desventurados jóvenes! ¡desventurados! (*Déjase caer en un sillon.*)

Arabela. (*A William.*) Llora, William... llora...

William. Pero... ¡Dios mio...! ¡nosotros habíamos hecho todo esto con sana intencion...!

Jacobo. Ahora lo conozco.

Arabela. Somos disculpables; ¡os queriamos tanto...!

Jacobo. Escelente razon para sir Roberto, que presidirá el consejo...

William. Mirad, señor... Arabela es mas jóven que yo, diré que la he engañado, que he abusado de su inesperiencia; V. M. puede decir lo mismo, y al menos le quedará uno de los dos.

Arabela. ¡Oh! ¡querido tio, no le escucheis!

Jacobo. ¿Y quién ha de escucharle, si lo que dice no tiene asomo de razon...? ¡consentir que muera en un cadalso...! ¡un muchacho... que apenas cuenta veinte años...! Vamos á ver, decidme... Y es el caso que yo no pude estar mas razonable esta mañana... pero en fin, ya está hecho... Decidme, ¿quiénes son vuestros confidentes?

Arabela. Nadie...

Jacobo. ¡Nadie...! ¿Si al menos pudiésemos hallar un medio...?

Arabela. ¡Ay! sí, halladle, tio mio, halladle.

Jacobo. ¡Oh! eso es muy facil de decir, pero...

William. Yo... con haber visto llorar al rey, no sé lo que me pasa... no se me ocurre ninguna idea.

Jacobo. Pues hijo, no dejas de tenerlas felices hoy... ¿Qué ruido es este?

ESCENA IX.

DICHOS. ROBERTO. GIB. FLEMING. SOLDADOS.

(*Roberto y Jacobo á un lado ; Gib un poco retirado; Fleming á la misma altura; William y Arabela en el foro ; Estefano oculto por los guardias.*)

William. ¡Sir Roberto!

Arabela. ¡Dios mio!

Roberto. Señor, en medio de los conspiradores que por todas partes nos rodean, acaba de ser cometido un nuevo crimen mas peligroso por sus consecuencias.

Jacobo. ¿ Dónde, sir Roberto ?

Roberto. Aqui mismo.

Jacobo. ¿Cómo?

Roberto. Esta noche se ha efectuado un casamiento secreto en vuestro propio palacio, en la cámara de la princesa Arabela.

William. ¡Gran Dios...!

Arabela. ¡Somos perdidos...!

Jacobo. ¿Y cómo habeis descubierto... ?

Roberto. Tengo pruebas. (*Hace adelantar á Estefano, que estaba oculto detras de los guardias.*) ¡Este miserable, el herrero de Gretnagreen, me lo ha confesado todo!

Estef. Sí señor... es verdad: ¡soy un miserable...! pero he sido forzado.

Jacobo. ¿Y los culpables?

Roberto. Se obstina en decir que no los conoce; pero el tormento...

Estef. ¡El tormento!

Jacobo. (*Bajo á Gib.*) Gib, firmad este papel. (*Gib vacila.*) Firmad os digo. (*Mientras habla Roberto, Gib firma el papel y se le entrega á Jacobo.*)

Roberto. V. M. recordará lo que tuve el honor de manifestarle esta mañana, y la promesa que me hizo: empe-

ño mi real palabra, dijo, de no decretar durante un año ni perdon ni conmutacion de pena en los crímenes de lesa-magestad.

Jacobo. Asi es la verdad, y asi lo cumpliré: sir Roberto, todo lo sabia... el herrero ha usado de su privilegio; esta noche se ha contraido aqui mismo un enlace, regular segun nuestras leyes... se ha estendido y firmado un contrato que está en mi poder... vedle aqui.

Roberto. "Contrato matrimonial de miss Fleming y de James Gib."

Gib. (*Admirado.*) ¿Eh...? ¡yo...! ¡señor!!

Jacobo. Silencio, y no te pesará. (*Bajo á Gib.*)

Fleming. ¡Ah! Gib... ¿será cierto? (*Con alegría yendo á él.*)

Gib. (*Aparte.*) ¡Hola! parece que ahora no está sorda.

Jacobo. Las dos firmas estan ahí... Gib, apruebo vuestra eleccion. (*Gib hace un gesto.*) Ya era tiempo que premiáseis un amor de tantos años.

Gib. ¡De tantos años, sí señor...! doy gracias á V. M.

William y *Arabela.* (*Que se han acercado á Jacobo.*) ¡Ah! Señor, ¡salvados...! ¡salvados por vos!

Jacobo. Chist... ¡bajito... bajito!

Roberto. (*Aparte, mirando á Arabela.*) Gracias, Dios mio: ¡me habia engañado!

Jacobo. (*Aparte.*) Vamos, hoy merezco ser rey... he salvado á dos infelices esta mañana... ¡y salvo ahora á estos pobres muchachos! (*A William y Arabela.*) Yo os guardaré el secreto y el contrato. En pago, queredme un poco, y no os metais por Dios á conspirar otra vez.

FIN DE LA COMEDIA.